

Tres Keynes en la teoría General

Axel Kicillof

La siguiente es una transcripción de una publicación de Documentos del CEPLAD, colección "Archivo Abierto", Serie "Temas de Historia del Pensamiento Económico", noviembre de 2002

Introducción

El primer tercio del siglo XX fue escenario de profundas transformaciones que sacudieron los cimientos de la moderna sociedad capitalista. Para caer en la cuenta de la dimensión de estas transformaciones, basta con evocar tres acontecimientos: la primera guerra mundial en 1914, la revolución rusa de 1917 y la crisis económica mundial de 1929.

La violencia de estos cambios puso en cuestión, sin duda, la subsistencia misma de la sociedad burguesa como tal; entretanto, en el campo de la teoría económica, la doctrina marginalista terminaba de imponerse en los círculos académicos y profesionales como el discurso científico oficial, desplazando del terreno a la economía política clásica, dominante durante la mayor parte del siglo XIX. Los esfuerzos teóricos de la escuela neoclásica dieron como fruto un nuevo sistema de categorías que se destaca por su cuidada consistencia formal, su método análogo al de las ciencias naturales –en especial la física– y novedosos resultados en el plano discursivo. Dedicaremos el primer apartado de este trabajo a una breve exposición de sus aspectos más relevantes para nuestro estudio.

El marginalismo encierra la pretensión de elevar las formas de conciencia del hombre capitalista al rango de conducta natural y eterna del ser humano. La acción del individuo, siempre y cuando no sea entorpecida por fuerzas ajenas al proceso económico mismo, es decir, en tanto sea libre, asegura la asignación eficiente de los recursos. La libre expresión del interés individual, con la mediación espontánea de los mecanismos automáticos del mercado, conduce a posiciones llamadas de equilibrio. En nuestro desarrollo mostraremos la centralidad que adquiere para este enfoque la noción de equilibrio, que tiene la fantástica potencia de transformar en

armonía al ineludible choque de intereses contrapuestos. Por un lado, la intervención autónoma del mercado en el proceso de circulación de la riqueza garantiza que se alcance la mejor asignación posible de los recursos existentes, beneficiando a todos los participantes. Se resuelve así el aparente enfrentamiento entre compradores y vendedores. En lo que respecta a la producción (que es reducida a un acto de compraventa en el mercado), el equilibrio asegura además una remuneración "justa" para todas las partes intervinientes. Cada quien obtiene una remuneración proporcional a su contribución (física) en la fabricación del producto.

Todo cambio histórico que afecte al proceso económico queda por definición desterrado del campo de la teoría ortodoxa, que como señalamos niega el carácter específico de su objeto de estudio. El mercado, modo eficiente y racional par excellence de asignar recursos, es la expresión más perfecta de la naturaleza humana.

La economía oficial es sorprendida, nada menos que en plena crisis de los años 30, en su incapacidad para dar cuenta de las transformaciones ocurridas en la sociedad, a pesar de sus devastadores e inocultables efectos económicos y sociales. En 1936 este mundo color de rosa en que el marginalismo había convertido a la sociedad burguesa no comulgaba con el "estado de ánimo" imperante, ni estaba a la altura de las acuciantes necesidades de sus propios mentores. Dice al respecto John Maynard Keynes:

"Tal optimismo es el causante de que se mire a los economistas como Cándidos que, habiéndose apartado de este mundo para cultivar sus jardines, predicán que todo pasa del mejor modo en el más perfecto posible de los mundos, a condición de que dejemos las cosas en libertad" (Keynes, 1992: 40)

La economía se había alejado demasiado del movimiento real de su objeto de estudio y se elevaban voces clamando por adecuar la una al otro. Sin embargo, lo que los economistas proscribían de sus textos, era puesto en práctica insolentemente por la política y la historia. El New Deal americano se anuncia tres años antes de la publicación de la Teoría General. La interpretación idealista –que es la que generalmente adopta la historia del pensamiento económico, pero también gran parte de la ciencia política - cae presa de la ilusión, invirtiendo los

términos: el proceso histórico es resultado de las formas políticas, y peor aun, de las doctrinas económicas.

El Estado del capital respondió espontáneamente, aunque no sin resistencias, al desempleo generalizado con la intervención directa en los negocios de la sociedad civil, haciendo caso omiso al cartel fijado en la puerta de la industria que reza "*no admittance except on business*". De la economía oficial, mientras tanto, sólo se escuchaban impotentes reproches y unas pocas propuestas a todas luces inconducentes. Así, la reformulación de la ciencia económica burguesa se presentaba como una necesidad impostergable, y esta tarea cayó en manos de un prestigioso economista ortodoxo, discípulo insigne de Alfred Marshall. Keynes será además el encargado de decretar a la ciencia económica en estado de emergencia, y de convencer a sus pares de abjurar de su antigua fe; para hacerlo se coloca en un sitio privilegiado: el del converso. "Yo mismo defendí durante muchos años con convicción las teorías que ahora ataco y creo no ignorar cuál es su lado fuerte". (Keynes, 1992:9)

"Si la economía ortodoxa está en desgracia, la razón debe buscarse no en la superestructura, que ha sido elaborada con gran cuidado por lo que respecta a su consistencia lógica, sino en la falta de claridad y generalidad de sus premisas" (Keynes, 1992:9)

En el prefacio de su obra define sin eufemismos la causa de aquella desgracia.

"Sus enseñanzas engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales" (Keynes 1992: 15). Y peor aun. "Han destruido casi toda influencia práctica de la teoría económica" (Keynes, 1992: 9, subrayado AK)

Era menester reformular la economía, revisar los "supuestos básicos de la teoría", para que sus portavoces recobraran su codiciada "influencia práctica" (léase, política). El proyecto requería cuestionar sus premisas pero con delicadeza suficiente como para no ocasionar un derrumbe estrepitoso de la cuidada construcción teórica que tantos servicios presta en el campo de la apologética. La crítica no podía traspasar ese límite. Un acontecimiento histórico reciente se encargaba de que ese límite

estuviese presente, como una amenaza latente: la revolución de octubre. Era menester tomar una posición.

"The class war will find me on the side of the educated bourgeoisie." (Keynes, Am I a liberal?)

El marginalismo creó un mundo propio, basado en supuestos tan irreales como estrictos. Atacar al sistema en cualquiera de sus puntos exponía a la crítica a cargar con las consecuencias de haber abierto la caja de Pandora. La Teoría General transita por esta delicada frontera. Keynes se mueve en ese terreno con magistral precaución, cuestionando por aquí, conservando por allí. Nuestro propósito es mostrar que la crítica keynesiana, pese a esa cautela, y en tanto se trata de una crítica inmanente al sistema neoclásico, encierra la potencia de trascenderse a ella misma, animada por el irrefrenable impulso del concepto. Este impulso alarma sin duda al mismo Keynes, que termina confinando sus ideas más controvertidas en los remotos –y poco visitados- capítulos finales de su libro.

Exponemos a continuación un bosquejo de nuestra propuesta interpretativa. En la obra de teoría económica más influyente del siglo XX, la Teoría General, conviven tres Keynes a los que bautizaremos Keynes el práctico, Keynes el teórico y Keynes el utópico. En correspondencia con estas tres personalidades que conviven en la persona de nuestro autor, en el texto cohabitan tres niveles expositivos, de distinta profundidad, a los que dedicaremos los apartados segundo, tercero y cuarto. Estos tres niveles no concuerdan exactamente con el orden expositivo de la Teoría General. Para aislarlos y distinguirlos es menester recorrer el texto completo, descosiendo la trenza mediante el análisis, dotando a la obra de una unidad de la que carece en su expresión inmediata.

En primer lugar, expondremos la crítica superficial de Keynes a la economía neoclásica: la crítica tal como aparece, con sus resultados inmediatos. Esta crítica tiene un doble sustento. Por un lado, se reconocen dos cambios históricos decisivos: la intervención de los sindicatos en la fijación del salario; y la mediación del mercado bursátil en las decisiones de inversión. Ninguna de estas dos instituciones –sindicato y bolsa- es en sí novedosa y exclusiva de este período, pero alcanzan un nivel de desarrollo que les confiere una nueva trascendencia. Por otro lado, Keynes arremete contra dos pilares básicos del

pensamiento neoclásico: el enfoque estático y la existencia de una magnitud fija de producto (ambos aspectos se encuentran mutuamente implicados). Aunque la discusión se limita exclusivamente a impugnar al mercado neoclásico de trabajo, la eficacia de la maniobra se refleja en sus devastadores resultados.

Después de la crítica el panorama se transforma por completo, hasta volverse irreconocible. El resultado es, empero, eminentemente político. La responsabilidad del desempleo sólo puede ser atribuida a la caprichosa conducta de los empresarios, que por caprichosa no deja de ser inevitable. Este aporte es suficiente para provocar un giro completo en el discurso que se desprende de la teoría económica en lo referente a la desocupación. Por otra parte, de aquí en más, el sistema capitalista deja de ser un *perpetuum mobile* que transita por un camino sembrado de prosperidad.

Keynes empuja la primera pieza de dominó de la fila, y ésta a la que sigue. Penetramos en el segundo nivel de la crítica, en el que habremos de enfrentar problemas conceptuales más complejos. Al insuflar vida al estático sistema neoclásico, las categorías fundamentales se sacuden el polvo para recobrar su aliento vital. En el mundo del equilibrio y el intercambio puro, el dinero es un mero numerario, un bien cualquiera (x_i) que se escoge arbitrariamente para indicar la relaciones de cambio entre los restantes. Todo cambia cuando se agregan nuevos cuadros a la película antes detenida..

El mecanismo neoclásico termina con su tarea, se detiene, cuando los bienes disponibles se han distribuido entre los individuos, en provecho mutuo. Luego de operar en un instante, el movimiento cesa, los bienes desaparecen, se extinguen en el acto de consumo; si aquí nos detenemos, nada queda. Pero ni bien se admite la existencia del futuro, encontramos que una porción de los bienes no es consumida, sino que subsiste y reaparece en el próximo cuadro. Una primera mirada a este mundo post-neoclásico se topa con los bienes de capital no agotados. Pero junto a ellos se encuentra también el dinero que sólo cambió de manos pero no fue deglutido por el proceso de cambio ni absorbido por el estómago del consumo, sino que retiene y conserva poder de compra. Keynes deberá resolver un problema teórico que la ortodoxia había barrido debajo de la

alfombra: no tendrá más remedio que establecer las diferencias entre los bienes durables y el dinero.

Para Keynes la propiedad distintiva del dinero es arrojar una tasa de interés que se presenta ante el sentido común práctico como una variable de primordial relevancia en el juego económico. El primer embate de la crítica cuestionó el funcionamiento del mercado de trabajo, ahora es el mercado de capital el que sucumbe ante sus objeciones. La economía neoclásica tiene como uno de sus atributos más preciados a la simplicidad. El precio de cualquier bien se determina por el juego de la oferta y la demanda. Por el mismo expediente se explica en los otros dos mercados primordiales –el de trabajo y el de capital- la fijación del salario real y la tasa de interés. De estas tres patas de la construcción ortodoxa, Keynes ha mutilado dos.

Todo el sistema es puesto en jaque. El comportamiento racional del individuo, representado mediante la conductamaximizadora, pierde todo poder para explicar la forma en que opera el sistema. Los marginalistas pretendían haber resuelto el problema fundacional de la economía política deduciendo las leyes económicas directamente del accionar consciente del individuo. Mostraremos las consecuencias teóricas que trae aparejado romper ese esencial eslabón.

En un intento por preservar algo en pie después del destroz, Keynes propone una solución de compromiso que será prestamente adoptada por la academia; este es el resultado más notorio de esta crítica de segundo grado. La economía, de aquí en más no será una sola. El comportamiento del individuo aislado no es capaz de explicar el movimiento del capital en su conjunto, por lo que ambos deben separarse y ser recluidos en compartimentos estancos. La microeconomía será el reino de la economía tal y como se conocía hasta ese momento, que ahora tiene como única incumbencia el comportamiento individual. La macroeconomía es el nuevo terreno para referirse a los movimientos del capital global. Se trata, sin lugar a dudas, de una estafa: la Economía ya fue refutada, pero en el feudo de la microeconomía su crítica es omitida y vuelve a reinar impunemente, luce su corona y disfruta de sus honores, aunque, por cierto, prisionera de una modesta celda.

Keynes presta también otro servicio: al crear la macroeconomía lo hace a imagen y semejanza de la microeconomía, es decir, de la economía previa. Nos hallamos nuevamente en un mundo estático (de corto plazo) y en el que los procesos económicos se fundamentan en decisiones conscientes, subjetivas (expectativas). Esta nueva ficción es todavía más claramente forzada y contradictoria que la anterior: se trata de reproducir el movimiento mismo del capital como si se agotara en el instante. Se trata de hacerlo pasar por resultado inmediato de la voluntad y la conciencia de los capitalistas individuales.

La maniobra que comienza como una crítica a la economía (hoy microeconomía), y la destruye por completo, le ofrece después clemencia, pero a la vez la duplica, conservando sus principales características, en la esfera de la macro.

Los problemas que emanan de la segunda estación de la crítica fueron sistemáticamente ignorados por el mainstream. Pero la academia puso un empeño aun mayor para esquivar las espinosas cuestiones que encierra la tercera. Habiendo enfrentado el problema del dinero, Keynes no puede evitar seguir adelante, pasando a considerar la "naturaleza del capital". Aquí termina de romper las cadenas del sistema neoclásico: su teoría le muestra que el rendimiento del capital no guarda relación alguna con su productividad física. De la indistinción neoclásica entre valor de cambio y valor de uso brota el absurdo aserto de que la remuneración de los factores se equipara a su producto marginal. Lo poco que quedaba de la teoría del valor (más propiamente, del precio) marginalista se hace trizas. Queda en evidencia que en su base no es más que una versión más sofisticada de la teoría vulgar de los costos de producción que encontrábamos tempranamente enunciada en el capítulo sexto de la Riqueza de las Naciones. Su propio avance obliga a Keynes a confesar, ambigua e incómodamente, "...por eso simpatizo con la doctrina preclásica de que todo es producido por el trabajo" (Keynes, 1992: 191).

Keynes sufre una nueva metamorfosis y nos revela su costado utópico. Entregado al desarrollo de su propia crítica y acosado por los fantasmas que recorrían a plena luz la Europa de su época, emprende la tarea de diseñar (en su mente y sólo allí), un imposible capitalismo exento de las desgracias inocultables del capitalismo real.

"En verdad el mundo no tolerará por mucho tiempo más la desocupación que, aparte de breves intervalos de excitación, va unida -y en mi opinión inevitablemente- al capitalismo individualista de estos tiempos" (Keynes, 1992: 335)

Los socialistas utópicos del siglo XIX tenían por costumbre soñar con un régimen burgués sin dinero, sin explotación, sin asalariados. Keynes, aunque menos audaz, no es menos romántico: se conforma con un capitalismo sin especulación, sin interés, sin ganancia, en definitiva, sin capital. El escogido para realizar la quimera, quien habrá de librarnos de estas desgracias, será el propio Estado capitalista. Como vemos, el Estado de Bienestar de posguerra, que toma a su cargo parte de la reproducción material de la clase trabajadora, cuya autoría se atribuye a Keynes, es una criatura de escasa ambición, en comparación con las ilusiones que emanan de la Teoría General.

El desarrollo que acabamos de bosquejar satisface el propósito de este trabajo, limitado exclusivamente a escudriñar la obra de Keynes en busca de las –ocultas- categorías fundamentales de la ciencia.. Pero este es, en realidad, sólo el comienzo de un estudio más ambicioso que deberá dar cuenta de la naturaleza de las mutaciones engendradas por el capital en la primera mitad del siglo XX. Estas transformaciones se reflejan tanto en sus formas estrictamente económicas como en sus formas políticas, mediante nuevas configuraciones de la clase obrera, la clase capitalista y el Estado; de la lucha de clases. En este desarrollo las teorías económicas en lugar de entablar una relación exterior con el proceso social, se convertirán en lo que realmente son: formas necesarias del mismo.

1. Incursión en el marginalismo

No se pretende en este apartado someter a la crítica de forma sistemática al pensamiento neoclásico. Nos limitaremos únicamente a exponer aquellos elementos necesarios para presentar las ideas de Keynes. Tampoco distinguiremos rigurosamente los aportes de los distintos autores que se inscriben en esta corriente recurriendo las más de las veces a su presentación estándar, propia de los libros de texto, por tratarse de la versión más difundida, base del discurso y la práctica del economista contemporáneo..

A partir de su nacimiento en la década de 1870, el marginalismo se impuso progresivamente como la doctrina económica reinante tanto en Gran Bretaña como en el continente europeo.

La simplicidad es uno de los principales atractivos de la teoría neoclásica. En efecto, la conciencia inmediata del hombre común capta con facilidad las definiciones fundadas en las nociones de la vida corriente. Más allá del barniz analítico de alta complejidad matemática, el economista se jacta del carácter intuitivo de su doctrina, y se aterra cuando los resultados a los que llega contradicen la opinión del sentido común. Así, una operación característica del pensamiento neoclásico consiste en reducir el campo de existencia de los fenómenos económicos a su ámbito más superficial y por ello indiscutible: el mercado. En lugar de enfrentarse a la mercancía individual para dar cuenta de sus atributos mediante el análisis -tal es el camino que emprende la Economía Política desde Smith y Ricardo- toma como punto de partida y de llegada al mercado. Este *quid pro quo* inicial la condena a la irremediable circularidad: la acción de la oferta y la demanda es la que explica el precio de los bienes, pero, a su vez, es el propio precio el que determina la oferta y la demanda.

A primera vista la pregunta impulsora es la misma, ya que tanto clásicos como neoclásicos investigan la determinación del precio. Sin embargo, lo primero que Smith y Ricardo señalan al enfrentarse a la mercancía es su naturaleza dual: la de ser a la vez valor de uso y valor (de cambio). Sólo se abocan a estudiar la determinación cuantitativa del valor de cambio (de la que no pueden despegarse) cuando han dejado en claro que ésta es por completo independiente del valor de uso, y por ende, de la utilidad de la mercancía. Los clásicos analizan a la mercancía fuera del mercado, fuera del instante del cambio, para luego volver a él. Pero incluso arrancada del ámbito del intercambio conserva su valor como un atributo objetivo suyo (en esta sociedad las cosas "valen"). De aquí se desprende necesariamente que no puede ser el intercambio lo que les confiera su valor, sino simplemente el momento en que este valor se realiza. El valor de cambio como atributo de la mercancía puede analizarse antes y por separado del mecanismo del mercado..

El ingenio neoclásico no sólo borra la contradicción entre valor de uso y valor, sino también otra que se sigue de ésta poniendo en movimiento a la crítica marxiana y cuyo resultado será el descubrimiento de la forma del valor y la génesis del dinero. Para los clásicos el valor de cambio es simultáneamente un atributo de la mercancía aislada y una relación entre ella y las demás mercancías. El precio de los neoclásicos, en cambio, no es ni un aspecto de los bienes, ni una relación entre ese bien y el resto, sino, antes que nada, un lustre fugaz, superficial y fortuito con el que se cubre un bien en la ocasión de ser cambiado. En lugar de mostrarse como lo que es, es decir como una relación social entre cosas, aparece como el reflejo directo de una relación entre los deseos de los hombres. Al mismo tiempo la mercancía, unidad concreta de su forma natural (valor de uso) y su forma social específica (valor), es reducida únicamente a su aspecto material, se convierte en un bien, un mero objeto útil "condición eterna de la vida del hombre".

La explicación del funcionamiento del mercado se convierte en la inquietud teórica exclusiva y excluyente del marginalismo. Si bien se acepta la existencia de tres mercados diferentes (de bienes, de trabajo y de capital), la teoría puede concentrarse en describir la operación de uno sólo de ellos, pues son desde este punto de vista idénticos. Los resultados se generalizan y, por analogía, queda explicado el funcionamiento de los restantes.

1.1 Del individuo al mercado

Internémonos pues en un mercado neoclásico. Las definiciones de mercado difieren sólo levemente entre los distintos autores, y no se apartan demasiado de la que ofrecería cualquier individuo corriente, cuya vida normal lo obliga a transitar incesablemente de uno en otro. El popular manual "Economía" de Fisher y Dornbusch define al mercado como el "conjunto de mecanismos mediante los cuales los compradores y los vendedores de un bien o servicio están en contacto para comerciarlo".. Los economistas deben, pues, explicar el comportamiento de vendedores y compradores para entender su interacción. Ambos grupos están conformados por individuos enteramente libres de obrar según su propio juicio y provecho privado, de individuos independientes e indiferentes los unos con respecto a los otros. Sólo podemos distinguirlos por la eventual circunstancia de que algunos de ellos ofrecen el bien que los demás codician. Pero esta completa indiferencia entre

ellos, tanto hacia el interior de su grupo como con respecto a los miembros del otro, nos obliga a afirmar que su comportamiento en tanto grupo es tan efímero como ilusorio, tales grupos carecen de entidad. La explicación de la conducta de compradores y vendedores no puede buscarse en otra parte que en el accionar de cada una de las unidades autónomas más pequeñas que lo componen. El comportamiento del grupo se resuelve por completo en la suma de los comportamientos de los individuos que lo forman.

Debemos concentrarnos ahora en cada individuo aislado, libre e independiente. La fuerza que lo arrastra al mercado no puede provenir de otra parte que del interior de su propio ser. En su inmensa soledad sólo puede interesarse en sí mismo, por lo que esa fuerza es idéntica a su interés particular. La clave del mercado debe buscarse necesariamente aquí, en la conducta individual de los "agentes" que participan de él. Y aunque algunos de ellos den cuerpo a la demanda y otros a la oferta, una y otra son efecto, no causa de estas conductas.

Observemos al individuo libre, aislado, privado de todo vínculo social. Nadie más está allí, por lo que sus decisiones y acciones no podrán ser de ningún modo forzadas, pues nadie ejerce dominación directa alguna sobre él. Sus decisiones serán producto de su propia conciencia, de su razón, serán por tanto racionales. Examinemos por turno la representación neoclásica de la racionalidad de compradores y vendedores.

El consumidor tiene ante sí una inmensa cantidad de bienes disponibles. Pero su poder adquisitivo es limitado. Para enfrentarse al mundo de las mercancías dispone de un presupuesto en dinero, cuyo origen no se explicita (el tristemente célebre maná del cielo). Los neoclásicos no encuentran necesario desentrañar la naturaleza del dinero, ni siquiera de los bienes, pues resultan evidentes para la conciencia práctica no cultivada, y con eso es suficiente. No hay por qué explicar lo que nadie ignora. Esos bienes, por otra parte, traen puesto su traje dinerario (el precio), ya que el presupuesto se expresa en las cantidades de cada bien que con él se puede adquirir. Lo que para la economía política clásica era un misterio y debía develarse (mercancía, valor de cambio, precio y dinero), la economía a secas toma por supuesto y conocido, sin necesidad de recurrir al conocimiento científico..

La racionalidad del comprador se restringe a hacer el uso más provechoso de su presupuesto, es decir, a optar por el conjunto asequible de bienes que le reporte el mayor grado posible de satisfacción. Un consumidor se distingue de otro por sus gustos y preferencias. Las primeras formulaciones marginalistas pretendieron cuantificar la satisfacción que el consumo de cada bien proporciona al individuo. Luego, tomando el modelo de la naciente física moderna, convirtieron esta relación entre satisfacción y consumo en una función matemática, la función de utilidad. Mediante esta función puede determinarse la satisfacción que reporta al individuo el consumo de cualquier combinación posible entre los bienes disponibles; la utilidad es la medida de esta satisfacción. Más adelante, mediante el aporte de Wilfredo Pareto, el marginalismo abandona el enfoque cardinal de la utilidad para suplantarlo por uno ordinal, que cumple con el doble propósito de evitar el problema de medir la satisfacción, pero a la vez conserva intacta a la función de utilidad.

El comportamiento del consumidor se representa a través de un ejercicio matemático de optimización, fácil de resolver echando mano de los instrumentos que proporciona el cálculo diferencial. El individuo se comporta maximizando su función de utilidad sujeta a la restricción de presupuesto. A pesar de la aparente complejidad matemática, el resultado al que se llega es trivial e intuitivo. El comportamiento racional del consumidor se convierte, en la superficie del mercado, en una curva de demanda con pendiente negativa, lo que implica simplemente que ante un incremento en el precio de un artículo, optará por demandar una cantidad menor del mismo.

El aporte del marginalismo no consiste en aportar una descripción más precisa o poderosa que la del pensamiento clásico acerca del movimiento del mercado, cuyo resultado sea la determinación de los precios, sino justamente en haber encontrado el fundamento de este comportamiento observable en la racionalidad privada de los agentes económicos. Para describir esta conducta y obtener los resultados esperados es necesario postular leyes que atañen a la psicología humana. Esas leyes no son demostradas, adoptan por tanto la forma de axiomas o principios incuestionables. Cada individuo es caracterizado por sus gustos, representables mediante la función de utilidad. Las propiedades que deben cumplir esas preferencias se convierten en principios. El más importante

entre ellos es el principio de no saciedad, que afirma que la utilidad que aporta el consumo de una unidad adicional de un bien (la utilidad marginal) es siempre positiva, pero decreciente. El agente económico obtiene mayor placer al incrementar su consumo de un bien cualquiera, pero a la par que aumenta su dotación de ese bien, disminuye el incremento de satisfacción. La decisión sobre la cantidad a adquirir de un bien particular se toma "en el margen", comparando la utilidad de consumir una unidad adicional de ese bien, con la utilidad del ingreso que gastaría en su adquisición. Si no se respetara la ley de la utilidad marginal decreciente, la curva de demanda no tendría pendiente negativa, y todo habría sido en vano.

Así determinada, la curva de demanda indica la cantidad óptima que el consumidor desea y planea adquirir de un bien particular, para cada precio posible. Esta elección es fruto de su elección racional y libre. En cada punto de esta curva la utilidad marginal de ese bien se iguala a su precio. La curva de demanda reúne los planes óptimos del consumidor, su mejor opción asequible ante cada situación. Este ejercicio puede repetirse para cada consumidor, obteniendo su curva de demanda individual. El comportamiento de los consumidores en el mercado, es decir, cuánto desean adquirir de cada bien a cada nivel de precio, se obtiene por la agregación de esas curvas individuales.

El comprador es un hombre corriente, y aunque en la sociedad capitalista no tiene más opción que recurrir al mercado para asegurar su reproducción, no deja por eso de ser un humano de carne y hueso. Al observar al vendedor, en cambio, en lugar de encontrarnos con una persona física nos topamos con una persona jurídica, mucho más compleja y de ningún modo natural y obvia. Se nos aparece la empresa capitalista. En este punto, la escuela neoclásica suele proceder con ambigüedad, presentando al "agente vendedor" inicialmente como si se tratara de un ser tan humano como el consumidor, para inmediatamente aclarar que en realidad el oferente es una firma capitalista; al intercambiar uno por otro a su antojo hace creer que el hombre siempre fue, en esencia, una empresa de capital.

Por otra parte, y aunque el juego del mercado dure lo que un suspiro, se admite que el vendedor no comercializa bienes que ya posee, sino que en realidad se trata de un productor, y la decisión acerca de la cantidad a ofrecer de su producto tiene

como contrapartida, la decisión acerca de la cantidad de cada "ingrediente" que le conviene contratar. Si el consumidor disponía de un presupuesto que debía gastar de forma óptima, el productor en cambio, no tiene nada. Se limita a contratar servicios de terceros, los llamados "factores" de la producción. Sin embargo, el objetivo de la empresa tiene poco de espiritual o fisiológico, como en el caso del consumidor ávido de satisfacer sus deseos, sino que es más mundano y concreto: obtener la máxima ganancia. Contratará trabajo, tierra y capital, de los cuales no dispone, para convertirlos en el producto que ofrece, movido exclusivamente por su afán de lucro.

El consumidor se identifica por sus gustos, la empresa por su "tecnología". A pesar de estar lidiando con la compleja producción capitalista en sus múltiples manifestaciones los neoclásicos consiguen reducir todo el proceso económico al mercado de modo que la tecnología no es más que una relación cuantitativa entre insumos y productos. La función de producción denota esta relación de transformación inmediata, como si se tratara de una mágica receta de cocina; con sólo leerla en voz alta está presta para ser engullida. La función de producción es la representación de la tecnología.

Los axiomas indemostrables pero imprescindibles a los que hay que recurrir referirán esta vez a la forma de la función de producción. El primero es el de la completa sustituibilidad de los factores. No importa a qué bien nos refiramos, existen siempre infinitas combinaciones posibles de insumos para obtener una unidad de producto. La segunda ley general que afecta a todo proceso productivo es la de los rendimientos marginales decrecientes. El aporte físico que realiza una unidad adicional de factor al producto –el producto marginal- es positivo pero decreciente.

Los precios de los insumos –salario, interés y renta- son un dato para el pequeño productor individual que opera en un mercado de competencia perfecta. Para obtener el máximo beneficio, el productor contratará una unidad adicional de insumo siempre que el producto marginal sea mayor que el costo de contratarlo, es decir su remuneración unitaria. En el óptimo, el producto marginal de cada factor se iguala a su precio de mercado. Con este resultado basta para construir la curva de oferta, que reúne todos los planes óptimos de producción. Indica cuánto producir para cada nivel de precio

del producto, suponiendo fija la remuneración de cada factor. La ley de los rendimientos marginales decrecientes garantiza por su parte que la oferta sea de pendiente negativa. El resultado es nuevamente intuitivo: al subir el precio del producto se ofrecerá una cantidad mayor. La curva de oferta de mercado se obtiene sumando horizontalmente las curvas de oferta de cada empresa. Sabremos así qué cantidad total se ofrecerá cada nivel de precio.

1.2 Equilibrio y armonía

“La órbita de la circulación o del cambio de mercancías, ... era, en realidad, el verdadero paraíso de los derechos del hombre. “

El capital, p.128

Para la conciencia del hombre capitalista la concurrencia no encierra misterio alguno. En efecto, los movimientos del precio ocasionados por la acción recíproca de la oferta y la demanda forman parte del "conventional wisdom" con el que está necesariamente equipado todo comprador y vendedor de mercancías, de su instinto mercantil. Para él, el mercado se presenta como un mecanismo autónomo, con vida propia, que establece los precios de las mercancías. El economista se detiene en esta apariencia: su única aspiración es mostrar que ese dispositivo automático es la encarnación misma de la razón humana. Entiende al mercado como un mecanismo con leyes y lógica propia, tal como hace la conciencia no cultivada; pero el detenerse allí, actúa como coartada para ocultar a la mercancía, célula de la sociedad burguesa y forma más elemental del capital, en tanto relación social. La economía neoclásica explica el mecanismo mas no los objetos sobre los que actúa. La mercancía, protagonista del drama del mercado y verdadero centro del análisis, debe conformarse con el superficial prejuicio del sentido común, después de todo, nadie puede ignorar en la sociedad burguesa qué es una mercancía, cuando vive de ella y para ella.

La ley de la oferta y la demanda es fácil de comprender. Cuando el precio se encuentra a un nivel tal que la cantidad demandada supera a la cantidad ofrecida, la presión de los compradores insatisfechos generará un incremento en el precio del bien. Un

exceso de oferta obligará a los productores a consentir una rebaja. El mercado es un mecanismo automático, autorregulado, que con su propia fuerza empuja al precio hacia un nivel en el que se extingue todo exceso de oferta y demanda. El mercado en el que interactúan libremente oferta y demanda encuentra reposo sólo cuando el precio y la cantidad se encuentran en el punto de equilibrio. Este proceso fue descrito con precisión por los economistas clásicos, y por muchos de sus predecesores; la escuela marginalista se limita a representar gráficamente esta ley económica valiéndose del rigor y la consistencia matemática.

Veamos ahora cuál es el sentido que encierra implícitamente el punto de equilibrio. Las curvas de oferta y demanda reúnen los planes óptimos de oferentes y demandantes, planes que cada uno de ellos formula individual y libremente. Son planes óptimos porque todas las combinaciones de precio y cantidad que conforman la curva son los resultados de los respectivos ejercicios de maximización de la utilidad y el beneficio. Si el mercado cerrara transacciones por fuera de la curva de oferta o demanda, algún agente vería frustrado su plan óptimo. El punto de equilibrio, la intersección entre la curva de oferta y demanda, es el único de los infinitos puntos posibles en el que se ejecutan simultáneamente los planes de oferentes y demandantes, en el que los deseos de todos los participantes son mutuamente consistentes. A ese nivel de precios todo el que quiere vender, lo hace en la cantidad que desea, y todo el que quiere comprar, compra lo planeado. El mercado conduce autónomamente al equilibrio, y el equilibrio es la realización de la libertad de elección. Si en un principio oferentes y demandantes se encontraban enfrentados, en el equilibrio ese conflicto se trueca en armonía de intereses.

La escuela neoclásica se afana por demostrar dos cosas. En primer lugar, que el punto de equilibrio, desde esta perspectiva tan atractivo y deseable, existe (el llamado problema de la existencia). En segundo lugar, que este punto es el punto hacia el que el precio y la cantidad marchan inexorablemente (unicidad), sin intervención consciente del hombre, y que allí se detiene el proceso de ajuste (estabilidad). El único punto estable, en el que no hay incentivos para incrementar ni disminuir el precio, en el que no hay exceso de oferta ni de demanda, es el de equilibrio.

Si el problema de la economía se reduce a indicar la manera adecuada de asignar recursos escasos a necesidades múltiples, la solución óptima está en el mercado. Se demuestra luego que el equilibrio del mercado competitivo (es el que describimos) es óptimo en sentido de Pareto, es decir, no hay forma de beneficiar a alguien sin perjudicar a otro. El mercado es un dispositivo perfecto (perfectamente eficiente) para asignar los recursos.

Pero además de ser eficiente, como señalamos, el mercado es también justo. El par precio de equilibrio - cantidad de equilibrio, es el único que se encuentra simultáneamente sobre la curva de oferta y sobre la de demanda. El que esté sobre la curva de demanda, asegura que todos los consumidores han igualado ese precio a la utilidad marginal, lo que implica que, al decir de la microeconomía "la valoración objetiva del mercado se iguala a la valoración subjetiva de todos los individuos". El precio que arroja el mercado es justo porque todos los consumidores pagan la cantidad que están dispuestos a gastar según su escala de preferencias. Por tratarse también de un punto perteneciente a la curva de oferta, certifica que todos los insumos son retribuidos según su productividad física, asegurando el máximo beneficio para los productores.

La economía neoclásica reconoce al mercado como un mecanismo automático que conduce al hombre hacia el mejor de los mundos posibles, el del equilibrio y la armonía, un mundo en el que todos los participantes pueden hacer lo mejor para sí mismos, esto es, optimizar. La persecución del interés egoísta por cada individuo conduce a una posición deseable desde el punto de vista social. Simplificando –sólo levemente- el argumento neoclásico: si el mercado ajusta sólo, se sigue que el Estado debe mantenerse al margen del proceso, o sea, la mejor "política económica" es el laissez faire. Todo intento de intervenir tiene por resultado inexorable el desequilibrio, ergo, la ineficiencia, la injusticia, el desastre. En cualquier otro punto, hay quienes no pueden actuar libremente, ejerciendo su "derecho" a optimizar.

1.3 La teoría neoclásica como teoría de los costos de producción

La exposición precedente puede crearle al lector la falsa impresión de que la teoría marginalista representa un gran salto teórico, repleto de originalidad, un quiebre completo con toda la tradición teórica previa. Se nos aparece como la definitiva sepulturera de la teoría clásica del valor.

Por otra parte, sin embargo, no puede negarse que el punto de partida es el mismo que el de sus antecesores: develar el origen y la determinación cuantitativa del precio de las mercancías. En realidad, la explicación del ajuste de mercado por la interacción de la oferta y la demanda había sido formulada aproximadamente en los mismos términos largo tiempo atrás. En este sentido pareciera que el aporte neoclásico se limita a formalizar matemáticamente las "simples leyes de movimiento de la sociedad civil", reivindicándolas como el producto necesario y eterno de la libre expresión de la naturaleza humana. Los clásicos trataron de explicar un mecanismo que operaba por detrás de la oferta y la demanda, es decir, las leyes económicas más profundas que movían los visibles brazos del mercado. Esas leyes económicas actúan, no obstante, a espaldas de los individuos, como una mano invisible. La regulación de la actividad humana en el capitalismo está signada por su carácter no consciente pero al mismo tiempo, una nueva criatura histórica, el hombre libre, puede comportarse en el mercado según su voluntad racional. Los neoclásicos, en cambio, parten de las leyes aparentes del mercado, adoptándolas como explicación suficiente. Lo que para la economía política clásica es sólo el principio de la ciencia, para los neoclásicos es también su punto de llegada. Su tarea se reduce a exhibir cómo esas leyes inmediatas se fundan de modo también directo, no mediado, en la voluntad racional individual, y mientras no traspongan los límites del mercado, no les resulta difícil lograrlo. La apariencia que describen es real.

No obstante esto, tarde o temprano la pisada clásica sale a relucir. Nos extrañaba ver reducido el proceso económico al momento del mercado, y más todavía, al fugaz instante del equilibrio inmediato. La propia ortodoxia percibe también el corto alcance de esta representación. Es obvio que en un momento dado el mercado interviene en la fijación del precio, tan obvio como la intuición contraria que "sabe" que ese precio no es más que un accidente y nada dice sobre la dirección en que opera el movimiento. El sentido común, por más que

intente detenerse ante las apariencias más inmediatas, no ignora que los precios no se comportan erráticamente, al ritmo de los caprichos subjetivos de la demanda, sino que parecen seguir un camino prefijado hacia algún punto de reposo. Vislumbra un proceso de ajuste más profundo, un ajuste por detrás del ajuste. Ve que la competencia empieza a operar después de establecido ese precio de mercado. Existe una fuerza, ahora de más largo aliento, que obliga a los capitales individuales a desplazarse de una actividad a otra persiguiendo beneficios extraordinarios, como abejas tras la miel. Si la demanda pide más, el precio se eleva, sólo para que nuevas firmas ingresen al negocio, empujando al precio lentamente hasta un nivel similar al anterior. Pero ¿cómo reflejar el movimiento de los precios en períodos de tiempo más prolongados, sin salirse de la cárcel del segundo? Escuchemos a Marshall, el maestro de Keynes.

"Thus we may conclude that, as a general rule, the shorter the period which we are considering, the greater must be the share of our attention which is given to the influence of demand on value; and the longer the period, the more important will be the influence of cost of production on value" (Marshall, 1961: 349) ... "the value of a thing tends in the long run to correspond to its cost of production" (Marshall, 1961: 348)

La marcha de los precios no puede representarse a través del ejercicio estático, y sin embargo no debe abandonarse el imperativo del equilibrio permanente. Es más, la teoría neoclásica tal como la hemos visto, a pesar de encontrar su piedra filosofal en la competencia, es incapaz de representar su movimiento, antes bien, para resolver este entuerto, estudia el equilibrio sólo cuando su intervención ya se ha agotado. Se recurre pues a una distinción analítica entre dos momentos (imaginarios): el corto plazo y el largo plazo. El equilibrio se desdobra, se duplica. Pero esta problemática separación a la vez que niega al proceso como tal, consigue brindar una explicación más convincente acerca de sus resultados. Se representa al movimiento negándolo, escindiéndolo en dos instantes que, a pesar de no verificarse nunca, sirven para afirmar que el equilibrio está presente en todo momento. La línea que separa un plazo del otro, es esquivada e imprecisa: "periods of time long enough to enable producers to adapt their production to changes in demand..; but not long enough to enable them to make important changes in the supply of these factors of

production" (Marshall, 1961: 498). Los modernos libros de texto, para facilitar la "comprensión" y ocultar el carácter abstracto de la separación, definen al largo plazo como la situación en la que ningún factor está presente en una cantidad fija, es decir, en la que el productor puede ajustar libremente la cantidad de cada factor, según dicta la maximización del beneficio, sin estar sujeto a contratos preestablecidos.

En el largo plazo los precios de mercado tienden a su costo de producción, y la demanda pierde toda importancia. La teoría neoclásica se asume como lo que es, una simple discípula del Adam Smith del capítulo sexto.

Luego de darse por vencido y abandonar la teoría del valor del capítulo 5, Smith afirma que el precio de toda mercancía resultaba de la suma de sus costos de producción: salario, ganancia y renta. Dicho esto, a la ciencia no le quedaba más remedio que internarse en el escabroso problema de la determinación de la retribución de cada una de las clases sociales..Smith no podía asociar la retribución de los "factores", fundamento del precio, ni con la utilidad ni con el carácter material de la mercancía sin traicionar su propia distinción fundamental entre valor de uso y valor de cambio.

Los marginalistas, en cambio, postulan que el salario y la ganancia se igualan al producto marginal físico de cada uno de los factores. En el largo plazo el precio es la suma de las remuneraciones, las que a su vez son iguales a los productos marginales. En el mundo neoclásico las magnitudes sociales (precios, salario, ganancia) no son ni más ni menos que un fiel reflejo de las relaciones materiales (naturales) del proceso económico. La doctrina neoclásica se muestra como lo que es en esencia: otra de las tantas formulaciones de la irracional fórmula trinitaria .

1.4 El "crecimiento" del sistema en equilibrio

Todos los mercados tienden al equilibrio (de largo plazo). Ese reposo no puede ser perturbado por ninguna fuerza interna al sistema, ya que el equilibrio es justamente el estado en el que no existe incentivo alguno para modificar la situación. Los recursos existentes se asignaron de forma eficiente, óptima. El equilibrio es el fin de la historia.

Pero la historia continúa ante nuestros ojos. Es innegable que el modo de producción capitalista está poseído por un irrefrenable impulso al crecimiento: el imperativo de la acumulación. No parece fácil de conciliar esta tendencia al estancamiento que emana del discurso marginalista con el carácter pujante del sistema capitalista. Peor aun, como en equilibrio oferta se iguala a demanda, no podría explicarse el origen de una ampliación de la escala de producción más allá del equilibrio.

La respuesta a este interrogante se encuentra en la llamada Ley de Say, que a pesar de no haber sido explícitamente sustentada por los neoclásicos, tampoco había sido explícitamente impugnada y hasta la irrupción de Keynes se la daba por sobreentendida. La versión ricardiana era la más difundida:

"M. Say ha evidenciado en forma muy satisfactoria, sin embargo, que no hay cantidad de capital que no pueda ser empleada en un país, porque la demanda está limitada únicamente por la producción. Ningún hombre produce si no es para consumir o vender, y nunca vende si no es con la intención de comprar alguna otra mercancía que le pueda ser de utilidad inmediata, o que pueda contribuir a la producción futura. Al producir, entonces, el hombre se transforma necesariamente en consumidor de sus propios productos, o en comprador y consumidor de los productos de alguna otra persona"... "Las producciones se compran siempre con producciones, o con servicios; el dinero es únicamente el medio por el cual se efectúa el cambio" (Ricardo, 1993: 217)

Ricardo defendía así su posición contraria a la posibilidad de un general glut, pues al fin y al cabo toda oferta crea su propia demanda. Pero en la doctrina neoclásica, la implícita aceptación de la ley de Say proveía un mecanismo que si bien es exterior al resto del cuerpo teórico, al ser adosado al resto de la teoría abre paso al crecimiento. Dado un estado de equilibrio, siempre es posible ampliar la producción; ese incremento en la producción generará una corriente de ingreso estrictamente suficiente para adquirir el producto adicional, ampliándose concomitantemente la demanda. La producción capitalista no encuentra límites a su expansión perpetua, y si detenemos la cámara en un cuadro cualquiera, observaremos que el proceso no es más que una sucesión infinita de equilibrios, en una escala cada vez mayor.

1.5 El mercado de trabajo neoclásico

Los mercados de factores son la contracara necesaria del mercado de bienes que acabamos de visitar. El consumidor aparece dotado de un ingreso que distribuye del mejor modo posible entre las diversas mercancías disponibles. Este ingreso proviene de la venta de los "servicios" de los factores (trabajo, tierra y capital) de su propiedad. Por otra parte, el proceso productivo se reduce a la transformación de esos "servicios" en productos que el productor adquiere.

Aunque se hace la distinción entre estos mercados y los de bienes, los servicios de los factores son, en realidad, otras de las tantas mercancías que se compran y se venden. No debe sorprendernos que la determinación de precios y cantidades quede en manos de las fuerzas de la oferta y la demanda.

Observemos primeramente el mercado de trabajo. La clave de su operación debe buscarse, como acostumbra la economía neoclásica, en la conducta individual de oferentes y demandantes. Ofrece trabajo el que hasta ahora se nos había presentado como un satisfecho consumidor de bienes. Al igual que en sus anteriores intervenciones, el individuo busca la máxima satisfacción. Pero aquí no se trata de comprar, sino de vender. Pues bien, vender cierta cantidad de horas de trabajo implica sacrificar una cantidad equivalente de horas de ocio. Nuestro sujeto considera al ocio un bien; contra el precepto bíblico, detesta limpiar el sudor de su frente. La decisión de cuánto trabajo vender es sustituible por su inversa, es decir, cuánto ocio comprar.

El consumidor comprará una hora adicional de ocio siempre que la utilidad marginal que le reporta sea mayor que el precio del ocio. El precio del ocio es el salario que el consumidor deja de ganar por su amor a la holgazanería (el costo oportunidad de no trabajar). El óptimo se alcanza cuando la utilidad marginal del ocio es igual al salario. En tanto la utilidad marginal sea decreciente, la curva de oferta de trabajo tendrá pendiente positiva.

Del otro lado del mostrador se encuentra el productor, quien sólo contratará una unidad más de trabajo si el costo marginal de hacerlo es menor que el ingreso marginal que obtiene. El costo marginal es el salario, el ingreso marginal es el precio

multiplicado por producto marginal. El máximo beneficio se alcanza cuando el salario real es igual al producto marginal. La curva de demanda de trabajo tiene pendiente negativa porque el producto marginal se postula decreciente.

El resultado es justamente el esperado. El comportamiento racional de los individuos se traduce en curvas de oferta y demanda "bien comportadas", con las pendientes adecuadas para garantizar el tránsito hacia el equilibrio. El proceso de ajuste automático lleva al nivel de empleo y al salario real a la posición de equilibrio.

Vale la pena resaltar una característica del mercado de trabajo que, a pesar de derivarse de lo anterior, puede escapársele al lector poco atento. En sentido estricto, todo punto sobre la curva de oferta de trabajo es un punto de pleno empleo. En efecto, si definimos (tal como, por ejemplo, hacen las estadísticas oficiales) al desempleado como aquel que desea trabajar (más) al salario vigente, tendremos que aceptar que esa situación es la contraria a la que refleja la curva de oferta de trabajo. Esa curva, justamente, representaba la cantidad de horas de trabajo que los trabajadores desean ofrecer a cada nivel de salarios para lograr la máxima satisfacción. Así, si el salario y la cantidad de equilibrio pertenecen a la curva de oferta de trabajo, por definición, todos y cada uno de los trabajadores trabaja tanto como desea, el desempleo es nulo.

El mercado de trabajo es un mercado como cualquier otro; se espera entonces que en virtud de su propia dinámica y de modo automático, se desplace hacia su nivel de equilibrio. En esta situación, compradores y vendedores verán consumarse sus planes óptimos, es decir, habrá pleno empleo.

Pongámonos por un momento en las botas de un convencido teórico neoclásico. ¿Qué puede decirse de una situación en la que al precio vigente (salario) hay oferentes (trabajadores) que no logran vender su mercancía, a pesar de su voluntad de hacerlo (desempleo)? Con prescindencia de la especificación del mercado de que se trata, la situación descripta encuadra perfectamente con lo que la teoría denomina exceso de oferta. El desempleo no es más que un exceso de oferta de trabajo. El sistema teórico no admite otra explicación para este fenómeno. Y su solución se desprende del planteo mismo. Todo exceso de

oferta pone en movimiento un proceso automático de ajuste, que empuja el precio a la baja y reconcilia oferta con demanda.

Si el exceso de oferta persiste obstinadamente no quedará más remedio que afirmar que algún elemento extraño ha interferido, impidiendo la libre operación de las fuerzas económicas. Todo exceso de oferta se resuelve mediante la concesión por parte de los oferentes de una reducción en el precio de su producto. Cuando los vendedores se niegan a hacerlo, la cantidad vendida será menor a la de equilibrio, algunos (o muchos) oferentes no podrán colocar su mercancía. Esta es la explicación necesaria, desde la perspectiva neoclásica, del fenómeno del desempleo. Y es esto lo único que los economistas estaban en condiciones de decir acerca del desbarajuste ocasionado por la crisis del 30.

"Un economista clásico [neoclásico, AK] puede simpatizar con el obrero cuando éste se niega a aceptar una reducción de su salario monetario, y admitirá que puede no ser inteligente obligarle a sujetarse a condiciones transitorias; pero la integridad científica lo fuerza a declarar que esa negativa es, a pesar de todo, el motivo último de la dificultad." (Keynes, 1936:26).

En efecto, el desempleo para la escuela neoclásica tiene como único origen posible la pertinacia de los trabajadores. Tan lacónicas como las explicaciones teóricas son las "recomendaciones de política" que emanan de la teoría ortodoxa: rebajar el salario y disolver los sindicatos. Si los políticos esperaban respuestas y propuestas de los economistas, pronto dejaron de hacerlo. He aquí, pues, el origen de la mencionada pérdida de influencia práctica de la economía oficial. Su doctrina no le deja más remedio que atribuir la responsabilidad del desempleo ¡a las propias víctimas, los obreros!

Este es el punto de partida de la crítica de Keynes.

2 Crítica de Keynes: primer episodio.

En su capítulo sobre la determinación del salario, Marshall realiza, en passant, una curiosa observación:

"The correct law then stands that the tendency of economic freedom and enterprise is generally to equalize efficiency – earnings in the same district ... Of course this tendency is liable to be opposed by special customs and institutions; and, in some

cases, by trades union regulations" (Marshall, 1961: 550, subrayado de AK)

La condición para que el mercado de trabajo realice su magnífica tarea es que no intervengan fuerzas ajenas a su naturaleza, es decir, a su esencial "economic freedom and enterprise". En los comienzos del capitalismo, la participación colectiva de los obreros en la negociación del salario era no sólo circunstancial, sino que incluso era impedida legalmente y reprimida mediante la acción coercitiva del Estado. Pero en la época en la que Keynes escribe, la situación se había transformado por completo. La negociación por parte de sindicatos obreros a nivel firma, rama o nacionales, era más bien la norma. No se trataba de condenarla sino de explicar sus efectos sobre la marcha del sistema económico.

"the trade unions are strong enough to interfere with the free play of the forces of supply and demand" (Keynes, Am I a liberal?)

La ortodoxia explica el desempleo como una falla en el mercado provocada por fuerzas ajenas al mercado (los sindicatos). Eliminada la causa, desaparece el problema, con lo que la disolución de los sindicatos sería una forma de que el proceso económico recupere su eficiencia. La Teoría General, no se limita a reconocer la importancia de la negociación colectiva sino que pretende ir más allá poniendo en evidencia la contradicción que la explicación neoclásica encierra en sus propios términos, más allá de que el sujeto que negocia el precio de la fuerza de trabajo sea el trabajador individual o una central obrera.

2.1 El mercado de trabajo, un mercado manco

Todos los cañones de la crítica de Keynes se apuntan hacia el segundo postulado clásico de la teoría neoclásica de la ocupación, es decir, hacia el fundamento de la curva de oferta de trabajo.

"La utilidad del salario, cuando se usa determinado volumen de trabajo, es igual a la desutilidad marginal de ese mismo volumen de ocupación" (Keynes, 1992: 17)

Para la economía oficial el nivel de empleo se determina en el mercado de trabajo, por medio del forcejeo entre el brazo de la oferta y el de la demanda. El trabajador individual ofrece trabajo hasta el punto en que su desutilidad marginal se iguala al salario. Pero la voluntad del trabajador individual perdió su relevancia. Poco importan, en realidad, los sinsabores que le provoca destinar una hora adicional a la actividad laboral. Los sindicatos, desde luego, carecen de una conciencia que actúe según su propia desutilidad. De esta forma, y sin necesidad de penetrar en el contenido mismo de la controversia, podemos presagiar la muerte de la oferta de trabajo, como curva que resume la conducta de los obreros, relacionando positivamente los niveles de salario real con las horas de trabajo ofrecidas. Un nuevo actor entra en escena: el obrero colectivo, pero en el mismo acto el mercado de trabajo pierde un brazo y con él toda relevancia para la determinación del nivel de actividad.

"si la oferta de mano de obra no es función del salario real como su única variable, su argumento se derrumba enteramente y deja el problema de que la ocupación será muy indeterminada" (Keynes, 1992: 20)

Para convencer a sus colegas economistas de lo inevitable de esta pérdida Keynes despliega un sinnúmero de recursos persuasivos, tanto empíricos y de sentido común, como teóricos. El salario nominal, concede, es producto directo de los convenios entre trabajadores y empresarios, pero estos acuerdos nada nos dicen acerca del salario real, que es sin duda la variable relevante.

"Para resumir, existen dos objeciones contra el segundo postulado de la teoría clásica. La primera hace relación a la conducta real de los obreros; una baja de salarios reales debida a un alza de precios, permaneciendo iguales los nominales, no produce, por regla general, una disminución de la oferta de mano de obra disponible" (Keynes, 1992: 23)

Pero la objeción principal es de orden más profundo. Si bien los trabajadores pueden fijar sus salarios monetarios, no tienen control alguno sobre el salario real. Esta observación es válida,

tanto para el caso del trabajador individual como para el sindicato. El mecanismo de ajuste de mercado jamás funcionará si los oferentes no pueden modificar a su voluntad el precio de aquello que venden. Keynes vuelve a la teoría neoclásica contra sí misma para demostrar la contradicción que alberga en este punto. Supongamos que los trabajadores desean conceder una caída en el salario real. La única vía de acción a su disposición consiste en acordar un salario nominal menor.. Pero, si como afirman los marginalistas, los precios están determinados por los costos (marginales), al bajar los salarios nominales, bajarán proporcionalmente los precios. Los obreros no habrán logrado nada: por más que lo deseen no pueden fijar su propio salario real, ni siquiera aceptar una rebaja.

Desaparecido el mercado de trabajo habrá que construir una nueva explicación teórica acerca del modo en que se determinan tanto el salario real como el nivel de empleo. El primer dilema está ya resuelto, porque Keynes se cuida de no cuestionar la derivación de la demanda de trabajo tal y como la entienden sus adversarios. En la búsqueda del beneficio máximo, los capitalistas contratarán trabajo hasta el punto en que su producto marginal se iguale al salario real. Este "postulado" mantiene su vigencia, de modo que para un nivel de empleo dado, el salario real correspondiente es igual al producto marginal.

"En un estado conocido de organización, equipo y técnica, el salario real que gana una unidad de trabajo tiene una correlación única (inversa) con el volumen de ocupación. Por eso, si esta última aumenta, entonces, en períodos cortos, la remuneración por unidad de trabajo, medida en mercancías para asalariados, debe, por lo general, descender y las ganancias elevarse". "Este es simplemente el anverso de la proposición de que normalmente la industria trabaja en condiciones de rendimientos decrecientes en períodos cortos, durante los cuales se supone permanecen constantes el equipo, etc., en tal forma que el producto marginal de las industrias de artículos para asalariados necesariamente se reduce a medida que crece la ocupación" (Keynes, 1992: 27, subrayado AK).

Keynes parece convalidar sin objeciones, la teoría de los precios y la distribución neoclásica cuando, sin embargo, la está

cuestionando seriamente. En primer lugar, la productividad decreciente del trabajo queda circunscripta al período corto. En segundo lugar, deja entrever, aunque en la Teoría General no se desarrolle y ni siquiera se repita este argumento, que todo incremento en el empleo conlleva necesariamente una caída en el salario real de los trabajadores, y al mismo tiempo, un inevitable incremento en las ganancias. La teoría marginalista de los precios, en tanto teoría de los costos de producción, niega esta necesidad; el incremento en los salarios reales es compatible e independiente del aumento de las ganancias, dependiendo cada uno de ellos sola y exclusivamente del producto marginal del factor respectivo.

La relación inversa entre salarios y ganancias es uno de los puntos distintivos de la economía política clásica. El argumento que esgrime Keynes en nota al pie, a pesar de su disfraz marginalista, nos recuerda más a Ricardo que a cualquiera de los exponentes del pensamiento neoclásico.

"El argumento se desarrolla de este modo: de n hombres empleados, el enésimo añade un quintal diario a la cosecha y los salarios tienen un poder adquisitivo de un quintal diario. El enésimo-más-un hombre, sin embargo, añadiría 0.9 de quintal por día y el empleo no puede, por tanto, aumentar a $n+1$ hombres, a menos que el precio del grano suba con relación a los salarios hasta que los que se pagan diariamente tengan un poder adquisitivo de 0,9 quintal. El total de los salarios montaría entonces a $9/10 \cdot (n + 1)$ quintales, en comparación con n quintales a que llegaba previamente. De este modo, el empleo de un hombre más, en caso de efectuarse, supondrá necesariamente una transferencia de ingresos de los que antes estaban empleados a los empresarios" (Keynes, 1992:27)

Las cuestiones teóricas que se desprenden de esta afirmación reaparecerán más adelante. Lo que por el momento nos interesa recalcar es que la igualdad entre salario real y producto marginal se mantiene incólume, "cualquier medio de aumentar la ocupación tiene que ocasionar al mismo tiempo una reducción del producto marginal y, en consecuencia, otra de la magnitud de los salarios, medida en dicho producto" (Keynes, 1992: 27)

El gran salto Keynesiano se condensa en la forma en que se establece el nivel de empleo. A nuestras espaldas queda,

asolado, el mercado de trabajo, que hasta aquí había prestado abnegadamente el servicio de amarrar el comportamiento libre y racional de los individuos, con el mejor de los mundos posibles: salario justo y empleo completo.

2..2 El nuevo campo de batalla: la cabeza de los capitalistas.

Debemos trasladarnos al "lugar" en que, de aquí en más, se dirimirá el juego de fuerzas cuyo resultado es la determinación del nivel de empleo. En la Teoría General este desplazamiento tiene por vehículo la crítica a la llamada ley de Say.

Esta crucial discusión, genuina fuente de la ruptura con la escuela neoclásica, es puesta por Keynes en el plano del más inmediato sentido común. Nos detendremos en este nivel pues basta para exponer la crítica superficial y llegar a sus resultados. La filiación según la cual todo acto de producción desencadena, como contrapartida obligada, un acto de consumo, es sólo admisible para el caso (históricamente inexistente) de una economía mercantil desarrollada sin dinero.

"En primer lugar, estas conclusiones pueden haberse aplicado al tipo de economía en que vivimos actualmente por falsa analogía con alguna de trueque, como la de Robinson Crusoe, en la cual los ingresos que los individuos consumen o retienen como resultado de su actividad productiva son, real y exclusivamente, la producción en especie resultante de dicha actividad." (Keynes 1992: 29)

Si bien los economistas no suelen recurrir a la formulación directa de la ley, tal como encontrábamos en Say, Ricardo, Mill, etc., lo hacen por medio de un rodeo, al afirmar que "el dinero no trae consigo diferencias reales" (Keynes 1992: 29). Como observamos, para los marginalistas el dinero no es más que un artificio para facilitar el intercambio, de hecho un bien cualquiera puede designarse como numerario, unidad de cuenta, medio de cambio.

"convendrá usar la vieja distinción entre uso del dinero para las operaciones de negocios corrientes y el que tiene como reserva de valor" (Keynes, 1992: 152)

Eludimos deliberadamente, por el momento, las consecuencias de aceptar una nueva función del dinero; basta con admitir que no sólo funciona de aceite neutro del intercambio sino que

también conserva poder adquisitivo, capacidad de compra, para que un universo de preguntas y respuestas retornen de la invisibilidad a la que los habían condenado la economía ortodoxa. Esta verdadera estafa es para Keynes el origen de otros tantos malentendidos.

"debe considerarse como el axioma de las paralelas de la teoría clásica [neoclásica]. Esto admitido, todo lo demás se deduce fácilmente – las ventajas sociales de la frugalidad privada o nacional, la actitud tradicional hacia la tasa de interés, la teoría clásica de la ocupación, la teoría cuantitativa del dinero, las ventajas evidentes del laissez-faire con respecto al comercio exterior y muchas otras cosas que habremos de poner en tela de juicio." (Keynes, 1992: 30)

La impugnación de la ley de Say es inevitable, necesaria, pues el propósito de Keynes es explicar los vaivenes en la producción y el empleo, indescifrables cuando se postula la inmovilidad del proceso económico, lo que claramente constituye una contradicción en sus términos.

Por la mediación forzosa del dinero, la venta de una mercancía no implica necesariamente la compra inmediata de otra. En términos de la cuestión que pretendemos resolver –los determinantes del nivel general de producción y empleo-, esto significa que los capitalistas no tienen asegurada la venta de la totalidad del producto, cualquiera sea la cantidad que se les de en gana producir. Los empresarios, razona Keynes, sólo estarán dispuestos -y procederán- a producir una cuantía cuya venta esté firme. En lugar de vender lo que producen, producen sólo lo que venden.

Con este sencillo recurso la explicación neoclásica del desempleo queda verdaderamente puesta patas para arriba. La mayoría de los economistas, partidaria de aquella doctrina, no tenía más alternativa que proclamar al desempleo una responsabilidad de los trabajadores, que al resistirse a la disminución del salario estaban perpetuando el mal. Ahora, en cambio, la conducta de los obreros, por más tozuda que sea, no tiene ni un átomo de influencia en la actividad económica. Sentada en el banquillo de los acusados aparece la que hasta hace un instante era parte querellante. Son los capitalistas los que detentan de forma exclusiva el mando sobre el nivel de

actividad económica, y con él, la responsabilidad completa por los tropiezos que pueda ocasionar su accionar inadecuado.

2.3 De la certeza al tembladeral

El enigma, sin embargo, no está disipado. Queda por esclarecer el modo en que los capitalistas establecen el monto de las futuras ventas, para delinear entonces su plan productivo. El capitalista sólo produce lo que puede colocar.

"pasa algún tiempo entre el momento en que el productor soporta los costos y la compra de la producción por el consumidor final. Entretanto, el empresario (incluyendo en este término tanto al productor como al inversionista), tiene que hacer las mejores previsiones ... no le queda más remedio que guiarse por estas expectativas si es que desea producir algo por medio de procesos que llevan tiempo" (Keynes, 1992: 50)

La estática neoclásica deja lugar al flujo del tiempo y la producción se transforma en un proceso plagado de dudas. Pero no todo es incertidumbre en la sociedad capitalista. La ley de Say afirmaba que toda producción dispara un acto de consumo por un monto equivalente. En realidad, Keynes admite que todo acto productivo asegura una demanda por consumo, pero no igual a la suma completa de lo producido (una ley de Say rebajada al 80% de su efectividad). El consumo se restringe únicamente a una porción limitada del ingreso debido a una característica propia de la "psicología de la comunidad", muletilla a la que recurre frecuentemente Keynes al carecer de una explicación que brote del interior de su sistema económico; es exterior y por lo tanto, no es de su incumbencia.

"para justificar cualquier cantidad dada de ocupación, debe existir cierto volumen de inversión que baste para absorber el excedente que arroja la producción total sobre lo que la comunidad decide consumir cuando la ocupación se encuentra a dicho nivel; porque a menos de que exista este volumen de inversión, los ingresos de los empresarios serán menores que los requeridos para inducirlos a ofrecer la cantidad de ocupación de que se trate. (Keynes, 1992: 35)

La demanda para consumo representa una proporción dada, externa al proceso económico mismo y por tanto, en principio, inamovible. Todos los reflectores apuntan a la nueva

protagonista del drama: la demanda de inversión. Cuánto invertir es, por supuesto, una decisión que corresponde a los capitalistas.

2.4 Crítica al mercado neoclásico de capital.

En el mercado de trabajo se fijaban el salario y la cantidad de mano de obra empleada. De igual manera, el mercado de capital se encarga de fijar autónomamente tanto el precio (tasa de interés) como la cantidad de equilibrio. La oferta de capital es la curva de ahorro, que relaciona positivamente los fondos disponibles con la tasa de interés. La demanda de inversión es producto de la maximización del empresario y reúne todos los puntos óptimos en que la remuneración del capital se iguala a su productividad marginal. En equilibrio todos aquellos que desean ofrecer capital a la tasa vigente (ahorro) lo hacen, y lo mismo ocurre con los que desean tomarlo (inversión).

"Ciertamente, el hombre de tipo medio – banquero, funcionario público o político- educado en la teoría tradicional, y también el economista, han mantenido la idea de que siempre que un individuo ejecuta un acto de ahorro ha hecho algo que automáticamente rebaja la tasa de interés; que tal cosa estimula automáticamente la producción de capital, y que la baja en la tasa de interés es precisamente la que se necesita para alentar la producción de capital en una extensión igual al aumento de los ahorros; y, además, que esto es un proceso autorregulador de ajuste que opera sin necesidad de intervención especial o cuidado paternal de parte de la autoridad monetaria" (Keynes 1992: 159)

En suma, si el mecanismo opera, la tasa de interés se acomodará al nivel adecuado para impedir el desempleo (no deseado) de capital. Son justamente estos desequilibrios, interpretados nuevamente como simples excesos de oferta o demanda, los que desencadenan el proceso de ajuste.

Keynes intentará demostrar que esta descripción es inadmisibles. Procederá de un modo análogo al que utilizó al desarticular el mercado de trabajo. En esta ocasión la impugnación del mercado de capital abre el camino para una nueva teoría de la inversión y la tasa de interés.

Siguiendo el esquema marginalista, un desplazamiento de la curva de demanda (de inversión) tendrá como efecto un cambio en la tasa de interés y el monto ahorrado e invertido. Lo mismo ocurre cuando la que se mueve es la curva de oferta. Sin embargo, acusa Keynes, la construcción de ambas curvas presupone un nivel fijo de ingreso.

"esta es una teoría absurda, porque el supuesto de que el ingreso es constante no es compatible con el de que estas dos curvas pueden desplazarse independientemente la una de la otra. Si alguna de ellas se desvía, entonces el ingreso, en términos generales, cambiará, con el resultado de que todo el esquema basado en la hipótesis de un ingreso dado se derrumba" (Keynes 1992, 161)

El movimiento de una curva, en lugar de arrojar una nueva tasa de interés definida unívocamente, desencadena el movimiento de la otra, quedando el equilibrio indeterminado en términos de este mercado. El origen del desacierto se encuentra, nuevamente, en la incomprensión de la naturaleza y funciones del dinero, asunto que abordaremos al tratar el segundo nivel de la crítica.

"El error surge de considerar el interés como la recompensa por la espera en vez de lo que se recibe por no atesorar.... solamente en caso de que el dinero se usara sólo para transacciones, y nunca como portador de valor, podría ser correcta una teoría diferente [a la Teoría General]" (Keynes, 1992: 163)

El monto de la inversión no se fija en el mercado de capital, ya que dicho mercado no existe como tal.

2.5 La inversión, motor de la economía capitalista

La propensión a consumir establece siempre y de modo inapelable – no alterable mediante intervención alguna- un nivel de demanda de consumo que sólo representa una porción del total del producto. El resto deberá completarse con inversión. El célebre multiplicador no hace más que invertir esta relación de correspondencia entre inversión y empleo; todo incremento en la inversión generará un aumento potenciado en el nivel de producto. De aquí la importancia de las decisiones de inversión.

Habiendo liquidado el mercado neoclásico de capital, Keynes ofrece una explicación por completo distinta para el fenómeno

de la inversión. El empresario individual decide el monto a arriesgar comparando la eficiencia marginal del capital con la tasa de interés. La eficiencia marginal del capital se calcula como la tasa de descuento que iguala el valor descontado del rendimiento probable del equipo con su costo de reposición. Queda determinada una curva de demanda de inversión con pendiente negativa, que al cruzarse con la tasa de interés vigente establece el monto de la inversión. En efecto, en un sistema que abandonó su reposo, el capitalista perdió toda certeza sobre los futuros frutos de su inversión.

"Es importante entender la dependencia que hay entre la eficiencia marginal de un volumen determinado de capital y los cambios en la expectativa porque es principalmente esta dependencia la que hace a la eficiencia marginal del capital quedar sujeta a ciertas fluctuaciones violentas que son la explicación del ciclo económico" (Keynes 1992: 132)

Del modo en que se formen esas expectativas dependerá la inversión y de ella el nivel de actividad y el empleo. Al romper el cerrojo de la estática y la certidumbre, como veremos, se pierde la confianza en el mecanismo autorregulado del mercado. Las decisiones quedan en manos del capitalista y de sus frágiles predicciones.

"El hecho más destacado es lo extremadamente precario de las bases de conocimiento en que han de basarse nuestros cálculos de los rendimientos probables. Nuestro conocimiento de los factores que regirán el rendimiento de una inversión en los años venideros próximos es frecuentemente muy ligero y a menudo desdeñable. Si hemos de hablar con franqueza, tenemos que admitir que las bases de nuestro conocimiento para calcular el rendimiento probable de los diez años próximos de un ferrocarril, una mina de cobre, una fábrica textil, la clientela de una medicina patentada, una línea transatlántica de vapores o un edificio en la City de Londres, es muy limitado y a veces nulo" (Keynes, 1992: 149) "las decisiones humanas que afectan el futuro, ya sean personales, políticas o económicas, no pueden depender de la expectativa matemática estricta, desde el momento que las bases para realizar semejante cálculo no existen"

En épocas anteriores, esta restringida base para sustentar los pronósticos se veía en parte compensada por un nuevo atributo

que predica de la naturaleza humana en general, y particularmente al hombre de negocios: su optimismo espontáneo y su energía animal. El ciego arrojo individual compensa la incertidumbre. Pero el mundo contemporáneo ya no cuenta con el valiente capitalista individual para remediar sus pesares.

Keynes se encarga de introducir en el campo de la teoría económica otro profundo cambio con efectos sustanciales sobre la forma en que se toman las decisiones de inversión. El capitalismo maduro no admite ya la gestión "familiar" de las empresas: la concentración del capital obliga a separar propiedad y dirección, colocando al mercado bursátil como principal receptor de las inversiones que se canalizan a las distintas sociedades por acciones. En la bolsa de valores el espíritu de empresa deja lugar a la morbosa especulación.

"Cuando el desarrollo del capital de un país se convierte en subproducto de las actividades propias de un casino, es probable que aquél se realice mal" (Keynes 1992: 158)

2.6 Resultados de la crítica superficial

El argumento de Keynes, a esta altura, se limita a cuestionar a la teoría neoclásica recurriendo a unos pocos elementos fenoménicos, tomados de la realidad inmediata, rehuyendo de toda profundidad conceptual. En la sección siguiente cristalizarán las consecuencias de este desarrollo sobre las categorías más abstractas de la economía política. A pesar de la superficialidad del embate, su energía basta para trasladar la responsabilidad del estancamiento: para el marginalismo la causa del fenómeno debe buscarse en la obstinación de la clase trabajadora, para Keynes en la vacua especulación de los capitalistas.

Desde Adam Smith en adelante la economía burguesa se había esforzado por demostrar la necesidad de que el Estado se mantuviera al margen de los negocios de la sociedad civil. Pero si el crecimiento económico depende, como se argumenta en la Teoría General, de la inversión, y ésta de un irreflexivo capricho especulativo, los argumentos contra la participación directa de la autoridad en el campo económico se desvanecen.

"Espero ver al Estado, que está en situación de poder calcular la eficiencia marginal de los bienes de capital a largo plazo sobre la base de la conveniencia social general, asumir una responsabilidad cada vez mayor en la organización directa de las inversiones" (Keynes, 1992: 164)

Tres nuevos personajes irrumpieron sin pedir permiso en la escena histórica, forzando a la economía oficial a unaggiornamiento no deseado. En primer lugar el trabajador individual se ha agrupado con sus pares conformando centrales obreras que lo representan en la negociación del salario y las condiciones de trabajo. El capitalista individual, por su parte, fue superado por la magnitud del capital a controlar, dejando paso a la sociedad anónima que cotiza en bolsa. Por último, el raquíptico soberano al que apela Smith cobró la forma de un Estado capitalista que espontáneamente, sin esperar la conformidad del economista, tomó en sus manos la administración directa de una porción considerable del capital social.

Las crisis mundiales acompañaron al capitalismo desde su nacimiento (1848, 1870, 1890, por mencionar sólo algunos episodios agudos). El estado moderno en formación respondió a las necesidades de la acumulación de capital que se le manifestaban como conflicto social, principalmente por medio de la caridad pública. Esa vía aparecía ahora como insuficiente. Es menester que el Estado participe en la regulación del proceso económico de forma más comprometida. Keynes es el portavoz de esta necesidad, que encuentra como obstáculo la oposición de los capitalistas y sus personeros, los economistas y políticos defensores del liberalismo extremo. Keynes no ahorra recursos persuasivos: el sarcasmo, la ironía y el ridículo tienen su papel en esta discusión, que no transcurre en otro lugar mas que en la arena política..

"Las obras públicas, aun cuando sean de dudosa utilidad, pueden proporcionar una compensación varias veces superior en épocas de grave desocupación, aunque sólo sea por el menor costo de los gastos de asistencia..." (Keynes, 1992: 119)

"Si la Tesorería se pusiera a llenar botellas viejas con billetes de banco, las enterrara a profundidad conveniente, que luego se cubrieran con escombros de la ciudad, y dejara a la iniciativa privada, de conformidad con los bien experimentados principios

del laissez faire, el cuidado de desenterrar nuevamente los billetes... no se necesitaría que hubiera más desocupación... Claro está que sería más sensato construir casas o algo semejante; pero si existen dificultades políticas y prácticas para realizarlo, el procedimiento anterior sería mejor que no hacer nada." (Keynes 1992: 121)

Esta violencia se contagia a la crítica "teórica", preñándola también de acusaciones ideológicas apasionadas. A propósito de la aceptación incuestionada durante más de cien años de la ley de Say, clave de la concepción neoclásica, un atrevido Keynes denuncia a los economistas por haber adherido a una teoría cuya principal virtud es la de contar con el apoyo con de la "fuerza social dominante", la burguesía.

"Lo cabal de la victoria de los ricardianos tiene algo de curiosidad y misterio ; probablemente se debió a un complejo de conformaciones de la doctrina al medio ambiente en que fue proyectada. Creo que el hecho de haber llegado a conclusiones completamente distintas de las que una persona común sin instrucción del tipo medio podría esperar, contribuyó a su prestigio intelectual. Le dio virtud el hecho de que sus enseñanzas transportadas a la práctica, eran austeras y a veces insípidas; le dio belleza el poderse adaptar a una superestructura lógica consistente; le dio autoridad el hecho de que podía explicar muchas injusticias sociales y aparente crueldad como un incidente inevitable en la marcha del progreso, y que el intento de cambiar estas cosas tenía, en términos generales, más probabilidades de causar daño que beneficio; y, por fin, el proporcionar cierta justificación a la libertad de acción de los capitalistas individuales le atrajo el apoyo de la fuerza social dominante que se hallaba tras la autoridad." (Keynes 1992: 39)

3 Segundo nivel de crítica

3.1 Introducción: el trabajoso parto del dinero

La dificultad para reconstruir las ideas de Keynes referidas a las categorías fundamentales de la economía política proviene, evidentemente, de la ausencia de una exposición sistemática en la Teoría General. Si bien es el desarrollo mismo de la obra el que empuja a nuestro autor hacia este terreno, su estrategia expositiva lo fuerza a enviar esta crucial discusión a los

capítulos marginales del libro. Este desplazamiento disloca el hilo conceptual a tal punto que tanto detractores como discípulos pueden pasarlo por alto impunemente. A nuestro juicio, Keynes mismo fue la principal víctima de sus propios artilugios.

Con el objetivo de asegurar la efectividad de su crítica, Keynes intenta convertirla en un bocado, aunque inevitablemente indigesto, al menos tolerable para la ortodoxia. Es por eso que se ve obligado a maquillar sus aspectos más amenazantes, más profundos. En lugar de comenzar exponiendo las diferencias que lo separan de los neoclásicos en lo que respecta a la mercancía, al dinero, al capital, elevándose luego hacia formas fenoménicas más concretas como el consumo, la inversión, el interés, el papel del Estado, etc. procede a la inversa. Este descenso abrupto desde un nivel de abstracción a otro, por un lado confunde, pero también disimula la principal falencia de su contribución: su falta de conexión interna. En esta sección procuraremos reconstruir la incursión keynesiana en los conceptos centrales, buscando su forzosa ligazón, que nos conducirá cual hilo de Ariadna hacia sus contradicciones, límites y resultados necesarios. Es por eso que nuestra exposición puede resultar extraña incluso ante los ojos de un experto conocedor de la Teoría General.

En las secciones precedentes nos topamos una y otra vez con una grave acusación de Keynes a sus contendientes: la doctrina neoclásica puede prescindir –y lo hace- de la existencia del dinero. Esta omisión es la causa real de sus conclusiones erradas y recomendaciones catastróficas.

Para nosotros la Teoría General "engendra" o, mejor dicho, requiere de la aparición del dinero en el momento mismo en que se pone en movimiento al sistema económico, más allá de la voluntad de un autor que se muestra más bien renuente a articular una exposición clara de su –como veremos- particular concepción. Para explicar los cambios en el nivel de actividad no se puede tampoco prescindir de él. Los neoclásicos, por su parte, esconden el dinero al costo de mantener la ficción del marco estático en donde el cambio se reduce a un acto instantáneo de trueque. Se suprime de un solo golpe el carácter dual de la mercancía, su desdoblamiento necesario en mercancía común y dineraria, y, por último su metamorfosis formal $M - D - M$ en el mercado.

Mostramos ya como Keynes debe admitir la existencia de "un" dinero que, en oposición al numerario neoclásico, "trae diferencias reales", es decir, afecta al nivel de ocupación.

"La versión moderna de la tradición clásica consiste en la convicción de que... el dinero no trae consigo diferencias reales, excepto las propias de la fricción, y de que la teoría de la producción y la ocupación pueden elaborarse (como la de Mill) como si estuvieran basadas en los cambios "reales", y el dinero introducido superficialmente en un capítulo posterior." (Keynes, 1992:29)

Su crítica a la escuela neoclásica, por ello, se compromete a obtener un ambicioso resultado: reconciliar a la teoría neoclásica del valor, basada en la oferta y la demanda, con la existencia del dinero. Así, la representación basada en el trueque será reemplazada por una acorde al carácter monetario de la economía capitalista. Como vemos esta pretensión no es poca cosa. Por lo menos en lo referente al plan trazado por el autor, el alcance de la obra supera al mero alegato en favor de la intervención del estado; apunta a lo más profundo de la concepción científica acerca de la sociedad moderna.

"Vemos que una economía monetaria es, ante todo, aquella en que los cambios de opinión respecto al futuro son capaces de influir en el volumen de ocupación y no sólo en su dirección; pero nuestro método de analizar la conducta económica presente, bajo la influencia de los cambios de ideas respecto al futuro, depende de la acción recíproca de la oferta y la demanda, quedando de este modo ligada con nuestra teoría fundamental del valor" (Keynes, 1992:10)

Esta declaración de guerra reaparece en distintos pasajes de la Teoría General. Keynes echa mano de una ilustrativa metáfora para referirse a la falta de coherencia de los marginalistas.. La teoría económica oficial –dice- está dividida en dos secciones inconsistentes entre sí: el Libro I, dedicado a la teoría del valor y el Libro II que contiene la teoría del dinero.

Se hace una críptica alusión a la parcelación entre teoría del valor y teoría del dinero en la cita correspondiente al Prefacio. Vuelve a mencionarse en la discusión acerca de la validez de la Ley de Say. Reaparece luego, en la exposición de la teoría del interés.

"Así la escuela clásica ha tenido una teoría de la tasa de interés en el volumen I que trata de la teoría del valor, por completo diferente de la que ha sustentado en el volumen II, que trata de la teoría monetaria. Parece que ha permanecido inmovible ante este conflicto y, que yo sepa, no ha realizado intentos para tender un puente entre ambas teorías. (TG página 182)

Por último el argumento se desarrolla con más claridad y elocuencia en el capítulo destinado a la determinación de los precios.

"Mientras los economistas se ocupan de lo que se llama teoría del valor han acostumbrado a enseñar que los precios están regidos por las condiciones de la oferta y la demanda; habiendo desempeñado papel prominente, en particular, los cambios en el costo marginal y en la elasticidad de la oferta en períodos cortos. Pero cuando pasan, en el Libro II, o más frecuentemente en otra obra, a la teoría del dinero y de los precios, ya no oímos hablar más de estos conceptos familiares pero inteligibles y nos trasladamos a un mundo donde los precios están gobernados por la cantidad de dinero, por su velocidad – ingreso, por la velocidad de circulación relativamente al volumen de transacciones, por el atesoramiento, por el ahorro forzado, por la inflación y la deflación et hoc genus omne; y se hace muy poco esfuerzo, o bien ninguno, para ligar estas frases más vagas con nuestras ideas anteriores de las elasticidades de oferta y demanda." (Keynes, 1992: 260)

Más allá de su necesidad teórica, Keynes pone sobre el tapete un verdadero talón de Aquiles de la ortodoxia. La "teoría del valor" fundada en la igualdad instantánea entre oferta y demanda no requiere dinero, y más aun, no admite su mediación. Esta contradicción entre valor y dinero, o mejor dicho, entre dinero y precio, no tiene solución dentro de los límites que impone la representación restringida a la superficie del mercado. Los propios neoclásicos deben asumir junto con esta contradicción la necesidad de una explicación teórica alternativa.

"Todos estamos acostumbrados a colocarnos algunas veces a un lado de la luna y otras en el contrario, sin saber qué ruta o trayecto los une, relacionándolos, aparentemente según nuestro modo de caminar y nuestras vidas soñadoras... Uno de los objetos de los capítulos anteriores ha sido escapar a de esta

doble vida y poner la teoría de los precios, en conjunto, en contacto íntimo con la teoría del valor. La división de la economía en teoría del valor y la distribución por una parte y teoría del dinero por la otra, es, en mi opinión, una separación falsa." (Keynes, 1992: 260).

3.2 La construcción del dinero keynesiano

Repasemos la lista de los trastornos que Keynes promete sanar con su concepción del dinero. La economía de trueque ortodoxa se convertirá en una economía monetaria, el Libro I se reunirá con el Libro II, la teoría del valor se reconciliará con la del dinero ¡El dinero es la panacea!

Pero, ¿qué es el dinero? En primer lugar habíamos visto que a su tradicional función de simple medio de circulación se le agregó una nueva: depósito de valor. Al extender la duración del proceso económico la formulación keynesiana acepta la conservación del valor. El dinero sobrevive a la vorágine del intercambio. Así, en primer lugar,

"la importancia del dinero surge esencialmente de que es un eslabón entre el presente y el futuro." (Keynes, 1992: 260)

El intento de dilucidar la naturaleza del dinero desde este punto de partida se choca con una dificultad que Keynes no ignora, y es que el dinero no es el único sobreviviente que pasa de un cuadro de la película al siguiente. Los bienes durables, en particular los medios de producción, tampoco se extinguen en el acto de cambio ni son consumidos completamente. Los bienes de capital, desde esta perspectiva, cumplen exactamente el mismo papel que parecía reservado con exclusividad para el dinero.

"La razón de que el futuro económico esté ligado con el presente se encuentra en la existencia del equipo duradero." (Keynes 1992: 134)

Para nosotros este camino para introducir al dinero no sólo es confuso sino, además, exterior. El dinero surge ex nihilo sólo para presentarse como un simple bien durable. La vía que toma Keynes es la de ensayar una definición del dinero en oposición a los bienes de capital.

"Es natural tratar de averiguar en dónde reside la peculiaridad del dinero que lo distingue de los otros bienes" (Keynes, 1992: 222)

Argumentamos que Keynes necesita al dinero, no puede prescindir de él por más que al considerarlo se vea obligado a hacer frente a incómodos desafíos teóricos, sorteados hábilmente por el marginalismo.

La importancia del dinero en la teoría general, no obstante, está estrictamente ligada al papel que éste juega en la determinación del nivel de empleo. Lo que aparece entonces como el rasgo distintivo del dinero, desde la perspectiva de los propósitos de la Teoría General, es que arroja una tasa de interés. Este es, en efecto, un aspecto relevante para comprender el fenómeno del desempleo.

"Parece ser, pues, que la tasa monetaria de interés juega un papel peculiar en la fijación de un límite al volumen de ocupación, desde el momento que marca el nivel que debe alcanzar la eficiencia marginal de un bien de capital durable para que se vuelva a producir..." (Keynes, 1992: 222)

El dinero importa para Keynes porque liga el presente con el futuro y es además el padre de la tasa de interés monetaria. Poco podemos esperar de esta retorcida vía para penetrar el misterio del dinero. En lugar de dilucidar la naturaleza del dinero para luego, recién entonces, preguntarse por el origen del interés, Keynes, al igual que el hombre común, observa que el dinero rinde interés y se entrega pasivamente a esta apariencia, que toma por natural y obvia. En la Teoría General el dinero es dinero porque rinde interés, cuando es justamente al revés, el dinero rinde interés porque es dinero, una forma del capital.

"Veremos después, sin embargo, que el dinero juega un papel esencial en nuestra teoría de la tasa de interés e intentaremos desentrañar las características peculiares del dinero que lo distinguen de otras cosas." (Keynes, 1992: 39)

No nos queda más remedio que pasar revista a la teoría keynesiana del interés, ya que la preocupación por el dinero

brotó de la importancia práctica de la tasa de interés en la determinación del nivel de empleo.

3.3 El interés en Keynes

El problema se enfoca desde una perspectiva estrictamente práctica, es decir, se estudia la forma en que se determina cuantitativamente la tasa de interés vigente (capítulo 13) y se deja para más adelante (capítulo 17) la discusión sobre su naturaleza y vinculación con el dinero.

Por lo pronto cabe señalar que para Keynes, a diferencia de los neoclásicos, el interés se identifica con la remuneración al propietario del capital. Mientras para la ortodoxia son lo mismo, el interés se divorcia aquí de la ganancia. De ahí que la tasa de interés no se determine en el mercado de capital por la igualación entre la oferta de ahorros y su demanda (la inversión). De allí también que la tasa de interés no pueda explicar la expresión monetaria de la productividad física del capital. El hecho de que en el equilibrio la tasa de interés se iguale a la eficiencia marginal del capital –luego descubriremos que no es equivalente a la productividad marginal del capital– no implica que la una se explique por la otra, ni que sean la misma cosa.

"Hemos mostrado que, aunque existen fuerzas que hacen subir o bajar la tasa de inversión de modo que mantienen la eficiencia general del capital igual a la tasa de interés; sin embargo, la eficiencia marginal del capital en sí misma es una cosa distinta de la tasa de interés prevaleciente. Puede decirse que la curva de eficiencia marginal del capital rige los términos en que se demandan fondos disponibles para nuevas inversiones; mientras que la tasa de interés rige las condiciones en que se proveen corrientemente dichos fondos" (Keynes 1992: 150)

Esta distinción es de vital importancia para comprender el trágico desenlace del episodio keynesiano en el seno de la teoría económica oficial. El presidente Nixon declaraba públicamente "hoy somos todos keynesianos"; treinta años más tarde la academia celebraba nuevamente la completa victoria del marginalismo. Keynes rompió el vínculo entre "productividad del capital" e interés, entre interés y ganancia, fundamental para los fines apologeticos.

La tasa de interés no debe entenderse como una "recompensa al ahorro o a la espera", ni puede derivarse de la "preferencia psicológica por el tiempo". Lo que da interés es el dinero, y éste no puede ser la compensación por atesorar porque, argumenta Keynes, un monto sólo rinde interés cuando no se lo atesora.

La decisión sobre la magnitud a ahorrar es la otra cara de la moneda de la decisión de consumo. El consumo resulta una proporción fija del ingreso, férreamente estipulada por la propensión marginal a consumir proveniente de la psicología de la comunidad. El ahorro está ya definido, la cuestión es cómo se atesora, si en efectivo líquido o de otro modo (bonos).

La explicación del interés brota naturalmente de su propia definición. Se trata sencillamente de la recompensa por privarse de liquidez, por renunciar al control del dinero durante un período de tiempo a cambio de una deuda. Su cuantía surge de la relación entre el deseo de mantener metálico y la cantidad de dinero disponible. Al primer factor se lo denomina preferencia por la liquidez y es una función decreciente de la tasa de interés, el segundo es la oferta monetaria establecida por el gobierno.

"tal es la forma y el lugar en que la cantidad de dinero penetra en el mecanismo económico" (Keynes, 1992: 152)

La llamada "preferencia por la liquidez" no es tan trivial y obvia como aparenta. De hecho, Keynes mismo debe contestar de algún modo al legítimo interrogante acerca del motivo de ese deseo por conservar dinero líquido ante la existencia de alternativas tan remuneradoras. ¿Qué es lo que mueve a la gente a mantener dinero cuando podría conservar su riqueza, por ejemplo, bajo la forma de un bono que además promete un rendimiento? Hay tres razones para hacerlo: el motivo transacciones, el motivo precaución y el motivo especulación.

"[La tasa de interés] no depende de la fuerza del deseo de guardar riqueza, sino de la potencia de los deseos de conservarla en forma líquida o no líquida, respectivamente, junto con la magnitud de la oferta de riqueza en una de esas formas en relación con la oferta de la misma en la otra" (Keynes, 1992: 190)

Hasta aquí el desarrollo de Keynes no se caracteriza precisamente por su profundidad. El dinero conserva valor, conserva riqueza.. El origen de esta cualidad no se discute ni se explica. Además el dinero tiene la propiedad de engendrar más dinero, bajo la forma del interés. La discusión acerca de la magnitud de la tasa de interés no aportó nada nuevo a nuestro misterio.

Pero como habíamos señalado el dinero no es la única manera de almacenar valor, lo son también todos los bienes de capital durables. El dinero se destaca por el hecho de que la tasa de interés monetaria tiene una particular importancia en la determinación de la ocupación ya que pone un límite a la inversión. Lo que parece distinguir al dinero de otros depósitos de valor es justamente la tasa de interés.

"Es natural tratar de averiguar en dónde reside la peculiaridad del dinero que lo distingue de otros bienes, si sólo el dinero tiene una tasa de interés" (Keynes, 1992: 198)

Resulta curioso que luego de afirmar que "sólo el dinero tiene una tasa de interés" Keynes sostenga que

"para cada bien durable tenemos una tasa de interés medida en términos de sí mismo – una tasa-trigo de interés, una tasa-cobre de interés, y aun una tasa-planta-de-acero de interés" (Keynes, 1992: 198)

Hemos descubierto exactamente lo contrario de lo que buscábamos. En lugar de detectar la diferencia específica del dinero nuevamente nos topamos con un atributo que lo hace igual al resto de los bienes durables. Todo bien durable, incluso el dinero, arroja un interés. ¿Cómo separarlo de los demás? La vía de escape que propone Keynes para esta encrucijada sorprende por su arbitrariedad. Estas extrañas tasas de interés difieren entre ellas por su magnitud y "puede suceder que sea la mayor de todas las tasas propias de interés la que lleve la batuta" (Keynes, 1992: 199). Ahora el problema se reduce a demostrar que la tasa de interés del dinero es la mayor de todas.. Para hacerlo hay que investigar las determinaciones de esas supuestas tasas de interés propias de todo bien de capital. Debemos olvidar que ya habíamos estudiado la forma en la que se establece la tasa de interés monetaria, pues esta teoría, más general, reemplaza a la anterior con la que es incompatible.

Cada bien de este tipo –prosigue Keynes- posee en distinto grado tres atributos que, en conjunto, conforman su "tasa de interés". Tienen rendimiento o producción (q), generan algún costo de almacenamiento (c) y brindan una conveniencia o seguridad por la que la gente está dispuesta a pagar algo, la prima de liquidez (l). La tasa de interés propia de cada bien es igual a $q - c + l$, todos medidos en términos del propio bien.

Lo peculiar del dinero, lo que lo separa de los demás bienes durables es que "su rendimiento es nulo y su costo de almacenamiento desdeñable, pero su prima de liquidez es sustancial" (Keynes, 1992: 202). Esta característica, sin embargo, no demuestra que la tasa de interés del dinero es mayor que las restantes.

Una nueva sorpresa nos espera: para aislar el dinero Keynes replantea también su teoría de la determinación de la inversión en la que la oferta crecía hasta igualar la eficiencia marginal del capital a la tasa de interés vigente. La inversión se canalizará hacia el un bien cuya "tasa de interés" ($q - c + l$) sea más alta. Pero a medida que se incrementa su existencia esta "tasa de interés" baja. La que desciende más lentamente es la que elimina la producción de los otros. Esto es lo que ocurre con el dinero. De todas maneras el límite de la inversión en este punto ocurriría también en una economía sin dinero metálico.

"no podríamos librarnos de nuestras dificultades (como algunos han supuesto) decretando simplemente que el trigo o las casas serán el patrón de valor en vez del oro o libra esterlina; porque ahora vemos que surgirán las mismas dificultades si continúa existiendo algún bien cuya propia tasa de interés se resista a bajar cuando su producción crezca" (Keynes, 1992: 204)

Habíamos distinguido al dinero del resto de los bienes durables, para descubrir luego que cualquiera puede sustituirlo. La tasa de interés que tiene mayor relevancia práctica es, simplemente, la que se resiste con más obstinación a disminuir cuando la producción del bien que la "genera" aumenta.

Da la casualidad de que el "el dinero tal como lo conocemos" tiene ciertas propiedades que aseguran la oposición de su tasa de interés a descender. Por fin se dispone Keynes a enumerar las propiedades distintivas del dinero.

1) Su elasticidad de producción es cero o muy pequeña, ya que los privados "no pueden producirlo fácilmente mediante el trabajo" (Keynes, 1992: 205). Esta propiedad se verifica en términos absolutos cuando se trata de dinero inconvertible, pero también es en gran medida una característica del oro y la plata.

Este primer atributo del dinero es insuficiente para diferenciarlo ya que es compartido por todos los "elementos de renta puros". Es necesario agregar otra cualidad.

2) Su elasticidad de sustitución es igual o cercana a cero. Cuando "el valor de cambio del dinero sube, no hay tendencia a sustituirlo por algún otro factor. Esto se desprende de esa peculiaridad del dinero de que su utilidad se deriva únicamente de su valor de cambio, en forma tal que los dos suben o bajan *pari passu*... el dinero es un sumidero sin fondo para el poder de compra cuando su demanda aumenta, ya que no hay para él un valor tal que haga desviarse su demanda, de modo que la demanda de él derive hacia otras cosas". (Keynes, 1992: 205)

Los interrogantes y problemas que emanan de esta definición del dinero son incontables. Para señalarlos y resolverlos habría que exponer nuevamente, *ab ovo*, las categorías económicas propias del régimen capitalista, elevándonos de la mercancía al dinero y de allí al capital, distinguiendo por último las diferentes formas fenoménicas del plusvalor. Nos contentaremos, por el momento, con mostrar el carácter absurdo y contradictorio de la propuesta keynesiana basándonos en los dos últimos puntos mencionados.

Examinemos la primera propiedad del dinero keynesiano. El oro, se afirma, es dinero simplemente porque cuesta mucho trabajo producirlo. Es curioso que recurra a este argumento, propio de la tradición clásica y no de la marginalista, completamente indiferente ante las cantidades de trabajo. Esta cualidad, de todos modos, es insuficiente, pues se trata de un atributo propio de todos los productos no reproducibles. Es condición necesaria pero no suficiente.

La segunda propiedad merece un examen más profundo. Es una prueba contundente del estrepitoso fracaso de este intento por desentrañar la naturaleza del dinero introduciéndolo

exteriormente. En el punto de arranque de esta investigación Keynes se proponía descubrir el carácter específico del dinero, aquello que lo diferencia de los demás bienes. Luego de tanto esfuerzo desemboca en este razonamiento evidentemente circular. Un bien es dinero ¡precisamente porque posee esta "peculiaridad del dinero"! Se comporta como dinero porque es dinero.

De todos modos, más allá de este tropiezo, interesa resaltar la forma en que Keynes plantea esta segunda propiedad: la utilidad (valor de uso) del dinero proviene de su valor de cambio. Nuevamente las categorías a las que recurre son de catadura clásica. Tanto el carácter reproducible de las mercancías como la distinción entre valor de uso y valor de cambio son cuestiones completamente ajenas al enfoque neoclásico. Estas expresiones prefiguran un repentino giro en el pensamiento del autor.

Estamos en condiciones de revisar el argumento completo para señalar el origen de estas dificultades. El afán por describir el movimiento de la economía fuerza a Keynes a aceptar que el dinero tiene valor y almacena valor. Pues bien, ese "valor" no es inteligible en términos de la teoría neoclásica. El comportamiento maximizador de los individuos, los mecanismos de mercado y los costos de producción nada pueden aportar en este terreno. Muy a pesar suyo debe recurrir a categorías descartadas y repudiadas por el marginalismo –y por el propio Keynes en su producción intelectual anterior-. En la Teoría General el dinero no deja de ser una incógnita, pero este fracaso científico no afecta los fines prácticos que sólo requieren una descripción de los efectos en el aumento del gasto y de la cantidad de dinero.

Podemos ahora sintetizar el resultado de esta segunda embestida crítica, devastadora pese al fracaso en su principal aspiración: transformar a la economía de trueque neoclásica en una monetaria, develando el misterio del dinero.

3.4 Resultados de la intromisión del dinero

3.4.1 La muerte del individuo

La teoría neoclásica establece un vínculo inmediato entre la acción consciente del individuo y las leyes económicas. La

racionalidad individual se traduce en el mecanismo de mercado cuyo resultado es el equilibrio justo y eficiente.

En la Teoría General la maximización individual es por completo irrelevante. En reemplazo del productor y el consumidor emergen las figuras del capitalista y el obrero colectivo. El lugar de los mercados de trabajo y de capital en la determinación del salario, el interés y la ocupación es ocupado por la "psicología de la comunidad": la propensión marginal a consumir, las expectativas acerca del comportamiento conjunto, la preferencia por la liquidez, la eficiencia marginal del capital.

3.4.2 El salvoconducto. Escisión entre micro y macroeconomía

Keynes acusa a la teoría neoclásica de esquizofrenia: la teoría del valor está aislada de la teoría del dinero, cuando el objeto de estudio es uno solo. Pero su desarrollo le muestra que en una visión circunscripta a la esfera de la circulación, al mercado, es imposible introducir al dinero sin echar todo lo demás por la borda. Por otra parte sin valerse del dinero no hay modo de referirse a la crisis, al nivel de ocupación, a los altibajos en la acumulación de capital.

El dilema es insoluble. Aceptar al dinero implica desechar de cuajo toda la teoría marginalista; ignorarlo condena a la economía al fracaso teórico y práctico. Por otra parte, plantear explícitamente este conflicto hubiera significado para Keynes el rechazo inmediato por parte de la academia.

En la Teoría General se ofrece una salida decorosa para escapar de este atolladero. Habiendo demostrado las debilidades y limitaciones de la economía ortodoxa, Keynes le ofrece clemencia pero a condición de que opte por el exilio. Los grandes temas económicos, las cuestiones trascendentales como la política monetaria y fiscal, el desempleo y la inflación, no serán de su incumbencia. Si los economistas desean seguir pregonando su teoría sin modificaciones podrán hacerlo, a condición de permanecer encerrados en el inofensivo mundo de la microeconomía, un mundo ficticio donde la acumulación no existe, donde reina el pleno empleo y el comportamiento individual todo lo explica.

"La división de la economía en teoría del valor y la distribución por una parte y teoría del dinero por la otra, es, en mi opinión, una separación falsa. Sugiero que la dicotomía correcta es entre la teoría de la industria o firma individual y las remuneraciones y distribución de una cantidad dada de recursos entre diversos usos por una parte y la teoría de la producción y la ocupación en conjunto por otra. Es verdad que mientras nos limitemos al estudio de la industria o firma individual, suponiendo que la cantidad total de recursos es constante y, provisionalmente, que las condiciones de otras industrias o firmas no han cambiado, no nos estaremos refiriendo a las características importantes del dinero. Pero tan pronto como pasemos al problema de la determinación de la producción y la ocupación en conjunto, necesitaríamos la teoría completa de una economía monetaria." (Keynes, 1992: 260)

3.4.3 A su imagen y semejanza

Ganada la batalla, salen a la luz las limitaciones del aporte Keynesiano. Si bien pudo reintroducir dentro del terreno de la economía al problema de la ocupación, su criatura, la macroeconomía, nació impregnada de las miserias de su hermana mayor, la microeconomía (antes economía a secas).

La Teoría General refiere al proceso de acumulación de capital, pero lo hace negándolo una vez más como tal proceso. Se ocupará de "las fuerzas que determinan los cambios en la escala de producción y de ocupación como un todo" (Keynes 1992: 10), pero no del crecimiento del capital propiamente dicho.

"Damos por conocidos la habilidad existente y la cantidad de mano de obra disponible, la calidad y cantidad del equipo" (TG página 245) ".

Keynes acusa a todo el pensamiento económico anterior, clásico y neoclásico, de referirse únicamente "a la distribución de un volumen dado de recursos" (Keynes 1992: 16). Del mismo modo puede acusárselo a él de estudiar exclusivamente el nivel ocupación de un volumen dado de capital y trabajo.

El resultado es, en cierto modo, enigmático. La doctrina neoclásica se caracteriza por su enfoque estático y subjetivista; la teoría keynesiana es nuevamente estática y subjetivista.

El sistema keynesiano, en realidad, no se mueve. La maniobra consiste en suplantar al movimiento por una imagen del futuro que se proyecta sobre el presente influyendo sobre él. Así es como el análisis puede limitarse al presente, a un solo cuadro. Es en este sentido una teoría estática. Keynes admite no haber creado un sistema dinámico, sino uno nuevamente estático con supuestos más realistas.

"El hecho de que los supuestos de la situación estática sean a menudo básicos en la teoría económica actual, introduce en ella un elemento importante de irrealidad. Pero la introducción de los conceptos de costo de uso y de la eficiencia marginal del capital, según antes se definieron, tendrá por efecto, según creo, volverlos a la realidad, en tanto que se reduce a un mínimo el grado indispensable de adaptación." (Keynes, 1992: 134)

El futuro impacta sobre el presente a través de las expectativas de los individuos. Las leyes de movimiento de la sociedad capitalista se reducen a -y son suplantadas por- meras opiniones arbitrarias de los hombres sumergidos en el proceso. La marcha del capital está regida por la conciencia del hombre, aunque los resultados son, mayoritariamente, involuntarios.

4 Del fracaso teórico a la Utopía

Keynes destruyó el máspreciado de los espejismos creados por el marginalismo. La ortodoxia "demuestra" que el interés es igual a la ganancia y ésta al producto marginal físico del capital. Las máquinas, edificios, herramientas producen por sí mismos, y esta cualidad natural-material suya es la que, de modo igualmente natural, establece la remuneración apropiada y justa para el propietario.

En la Teoría General la cadena tasa de interés = ganancia = producto marginal del capital se hace añicos. En primer lugar, la tasa de interés es un fenómeno corriente resultado de la igualación entre la demanda de dinero (preferencia por la liquidez) y la oferta monetaria.

"ni el conocimiento del rendimiento probable de un activo ni el de su eficiencia marginal nos permite deducir la tasa de interés ni su valor presente" (Keynes, 1992: 127)

En segundo lugar, el capital físico no rinde inmediatamente interés o ganancia, sino que tiene una eficiencia marginal y ésta no guarda ninguna relación directa con el producto físico que de cada equipo en particular puede obtenerse.

"Es mucho mejor hablar de que el capital da un rendimiento mientras dura, como excedente sobre su costo de original, que decir que es productivo; pues la única razón por la cual un bien ofrece probabilidades de rendimiento mientras dura, teniendo sus servicios un valor total mayor que su precio de oferta inicial, se debe a que es escaso; y sigue siéndolo por la competencia de la tasa de interés del dinero. Si el capital se vuelve menos escaso, el excedente de rendimiento disminuirá, sin que se haya hecho menos productivo – al menos en sentido físico" (Keynes, 1992: 190)

La eficacia marginal del capital depende del precio de compra del equipo y del monto que se obtenga por las ventas del producto. Cuanto mayor sea el precio esperado de la producción de ese equipo, menor será su precio actual, y menor también el precio al que se podrá colocar su producto en el futuro, por lo que la eficiencia marginal cae. Se quebró la conexión entre producto marginal y retribución al propietario. Una vez roto el vínculo, la teoría neoclásica de la distribución basada en el producto marginal físico queda sepultada. Se corta así la última amarra que une a Keynes con su antiguo dogma.

"La teoría usual de la distribución, donde se supone que el capital de en el presente su productividad marginal, sólo es válida en una situación estacionaria. El rendimiento global corriente del capital no tiene relación directa con su eficiencia marginal mientras que su rendimiento corriente en el margen de producción (es decir, el rendimiento del capital que entra en el precio de oferta de producción) es su costo de uso marginal, que tampoco tiene mucha relación con su eficiencia marginal". (Keynes, 1992: 128)

Las consecuencias de este terremoto son asombrosas. Si el capital deja de producir, por generación espontánea, una ganancia de magnitud preestablecida, es la base misma de la doctrina neoclásica la que se resquebraja. El capital pierde necesariamente su carácter de factor de la producción: la fórmula trinitaria es derrocada. Habrá que aceptar entonces

que los bienes son producto exclusivamente del trabajo (y la naturaleza).

"Por eso simpatizo con la doctrina preclásica [clásica, AK] de que todo es producido por el trabajo, ayudado por lo que acostumbraba llamarse arte y ahora llamamos técnica, por los recursos naturales libres o que cuestan renta, según su escasez o abundancia, y por los resultados del trabajo pasado, incorporado en los bienes que también tienen precio de acuerdo a su escasez o con su abundancia. Es preferible considerar al trabajo como el único factor de producción..." (Keynes 1992: 191)

Todo es, efectivamente, producto del trabajo. La peregrinación de Keynes desemboca, finalmente, en la figura por la que sin duda tendría que haber comenzado el periplo: la mercancía. Ésta no es ya el despojado bien neoclásico, aunque Keynes, por supuesto, no despliega su análisis sino que se limita únicamente a investigar lo que más le preocupa, la determinación cuantitativa del precio. En nada pueden ayudar aquí la utilidad o los costos de producción, ahora el precio sólo puede desprenderse de la cantidad de su sustancia creadora, el trabajo, y una circunstancia que Keynes introduce sorpresivamente: su escasez o abundancia. Las mercancías, afirma, no se cambian de acuerdo a la cantidad de trabajo por el solo hecho de que no son suficientemente abundantes.

"Más todavía, hay toda clase de razones por las cuales varias clases de servicios y facilidades son escasos y, por tanto, caros, relativamente a la cantidad de trabajo que suponen" (Keynes, 1992: 192)

Discutiremos en el siguiente apartado esta "teoría del valor", de la que se desprende que basta con eliminar la escasez, para que el precio disminuya, alineándose con la cantidad de trabajo.

Lo que antes aparecía como una simple dificultad para lograr el pleno empleo, desvinculada de las categorías elementales y que brotaba de la conciencia del capitalista, puede ahora replantearse y generalizarse en nuevos términos. Repasemos la explicación tal como se nos había presentado hasta aquí. Los bienes de capital se mantienen escasos porque, en equilibrio, su eficiencia marginal no puede descender más allá del nivel de la tasa de interés, circunstancia que limita su producción. Esta

situación es inherente al funcionamiento normal del sistema capitalista, por lo que constituye una traba al crecimiento, de allí la necesidad y alcance de la intervención del Estado. A partir de aquí, en cambio, el retrato de la sociedad capitalista gana en profundidad. La escasez endémica de los bienes de capital impide que las mercancías se cambien según la norma que emana de su propia esencia. Si el único factor productivo es el trabajo, el capital pierde su derecho a recibir una retribución. Por otra parte, es natural que sea la cantidad utilizada de ese único factor la que rijan el intercambio de productos.

Llegado este punto, Keynes no puede quedarse de brazos cruzados. Ha descubierto el principio de todos los males de la sociedad actual. En su primer nivel de crítica el asunto se limitaba a encontrar una solución para el desempleo, pero ahora tiene en sus manos la posibilidad de remediar de un solo golpe todas las desgracias del capitalismo.

Se había otorgado al Estado la licencia para intervenir en los negocios de la sociedad, aumentando el gasto para reanimar la actividad económica cuando ésta languidece. ¿Por qué detenerse allí?

"Supongamos que se toman medidas para asegurar que la tasa de interés corresponda a la de inversión propia de la ocupación plena... En tales supuestos, diría que una comunidad dirigida convenientemente y equipada con recursos técnicos modernos, cuya población no crezca rápidamente, debería ser capaz de reducir la eficiencia marginal del capital, en estado de equilibrio, aproximadamente a cero en una sola generación; de tal manera que alcanzáramos las condiciones de una comunidad cuasi-estacionaria, en la que los cambios y el progreso resultarían únicamente de modificación en la técnica, los gustos, la población y las instituciones, vendiéndose los productos del capital a un precio proporcionado al trabajo, etc., incorporados en ellos..." (Keynes, 1992: 196)

Keynes imagina una sociedad nueva en la que el capital deja por completo de ser escaso, por lo que su rendimiento es nulo. La única norma para el cambio de los productos es, pues, la cantidad de trabajo. Perecido el interés y muerto el rendimiento, la acumulación carece de sentido. Subsisten las clases sociales, las firmas y el trabajo asalariado, aunque la ganancia media es

nula. El mundo perfecto es aquel en el que la ley del valor rige en su inmediatez, sin trabas ni mediaciones. Esta nueva sociedad conserva su carácter capitalista, pero está exenta de sus manifiestas penurias, es, al decir de Keynes, el verdadero reino de la virtud.

El artífice de esta transformación debe ser, paradójicamente, el propio Estado del capital, que en la perspectiva de Keynes representa la encarnación perfecta y directa del interés común. El representante político del capital global tiene por misión nada menos que acabar con la ganancia.

"Si estoy en lo justo al suponer que es relativamente fácil hacer que los artículos de capital sean tan abundantes que la eficiencia marginal del capital sea cero, éste puede ser el camino más sensato para liberarse gradualmente de muchas de las características objetables del capitalismo; porque un poco de reflexión mostrará los enormes cambios sociales que resultarían con la desaparición gradual de la tasa de rendimiento sobre la riqueza acumulada. Cualquiera persona podría aún guardar su ingreso ganado con la intención de gastarlo en una fecha posterior; pero su acumulación no crecería... Aunque desaparecería el rentista, todavía habría lugar, sin embargo, para la empresa y la habilidad en el cálculo de los rendimientos probables acerca de los cuales las opiniones pudieran diferir" (Keynes, 1992: 197)

4.1 Del capital y el dinero a la mercancía.

Las especulaciones en torno a las diferencias entre dinero y capital enfrentan a Keynes a una circunstancia rigurosamente ignorada por el marginalismo. Las mercancías –por lo menos algunas de ellas- pueden conservar valor por lo que habrá que aceptar forzosamente que este valor no proviene del mercado, sino que el acto de compra venta se limita a realizar un "algo" que es propio de la mercancía. La situación es de por sí incómoda: hay valor más allá del precio de mercado.

Todavía existe una posibilidad de dar una respuesta levemente más sofisticada sin salirse por completo del marco neoclásico..Ese precio está conformado por la contribución de los factores productivos (tierra, trabajo y capital) en la elaboración del producto, aporte que se refleja en –se iguala a- sus remuneraciones respectivas. El precio es la suma de los

costos de producción (en el largo plazo, según Marshall). Más allá del carácter circular del argumento (pues salario, ganancia y renta son también precios), esta tentadora alternativa está también vedada a esta altura. Quedó a la vista que la productividad física del capital (Keynes comparte con los neoclásicos la idea de que los bienes de capital producen) es independiente de su eficiencia marginal, es decir, de su rendimiento.

La dolorosa pero necesaria conclusión de este desarrollo es que el único factor realmente productivo, el único que verdaderamente crea valor, es el trabajo. Sin embargo, Keynes debe conciliar este descubrimiento con otro fenómeno que cree haber encontrado en el curso de su investigación.. Los bienes durables no se producen en la cantidad adecuada. La insuficiencia de inversión es justamente el origen del desempleo, característico de la sociedad capitalista. Estos bienes mantienen un elevado rendimiento pues en la decisión de producción (la inversión) su rendimiento esperado compite con la tasa de interés, y esta se niega a descender. La tasa de interés elevada implica un alto rendimiento de los bienes de capital, lo que a su vez significa que deben mantenerse relativamente escasos, pues es esta escasez la que eleva su eficiencia marginal.

Debe formularse una nueva "teoría del valor" que tenga en cuenta ambos fenómenos. El precio de las mercancías se determina por la cantidad de trabajo directa e indirectamente invertida en su producción; pero este precio sufre modificaciones según la escasez o abundancia de cada bien. Esta doble fuente del valor tiene la apariencia de provenir de una mala interpretación de la tradición ricardiana.

"Por poseer utilidad, los bienes obtienen su valor en cambio de dos fuentes: de su escasez, y de la cantidad de trabajo requerida para obtenerlos" (Ricardo, 1993:9)

Ricardo, no obstante, separa al mundo de las mercancías en dos clases: las que son reproducibles por medio de la actividad humana y las que no lo son. Pertenecen al segundo grupo las obras de arte, los vinos de cierta cosecha, etc. La escasez como fuente de valor sólo cuenta en este caso, y su precio dependerá de "la riqueza y las distintas inclinaciones de quienes deseen poseerlos". Cuando Ricardo utiliza el término escasez, a

diferencia de los marginalistas, no se refiere a la situación de mercado, coyuntural y momentánea, en la que la demanda excede a la oferta. Esta escasez contingente, en primer lugar, presupone una relación determinada entre oferta y demanda, por lo que no puede nunca afirmarse que el bien "es" escaso. Por otra parte, esta situación justamente pone en movimiento el ajuste de mercado, incrementando el precio y, probablemente, la cantidad producida, en la medida que sea un producto multiplicable por el trabajo, con lo que el estado de escasez se extinguirá. Para Ricardo sólo son escasos los objetos cuya cantidad no puede incrementarse.

La propuesta keynesiana cree haber identificado una traba infranqueable en la producción de los bienes de capital. El límite a su multiplicación está establecido por el punto en que la eficiencia marginal no puede descender más, pues caería por debajo del nivel de la tasa de interés. Los medios de producción son escasos porque, aunque son reproducibles por medio del trabajo, su cantidad tiene un tope férreamente establecido por la propia lógica del sistema, en que su producción se detiene.

El sistema capitalista de laissez faire, jamás podrá eliminar esta traba que surge del carácter privado de la inversión, que persigue exclusivamente el fin de lucro en lugar de considerar los intereses sociales. Es más, la crucial decisión de invertir queda librada al capricho particular, que en su afán de obtener el mayor rendimiento actúan de forma especulativa, reproduciendo con creces esta escasez.

Elimínese la escasez y sólo quedará la cantidad de trabajo como fundamento del valor. Los medios para conseguir este objetivo, según se mostró en la Teoría General, se encuentran en manos del Estado: la política monetaria permite deprimir la tasa de interés, la política fiscal, invertir directamente de manera que la eficiencia marginal del capital sea baja.

Como afirmábamos, esta "teoría del valor" es una mala réplica del argumento clásico. Y aunque el propio Keynes no se molestó en exponerla detalladamente, es evidente que hereda las equivocaciones de Smith y Ricardo, a las que agrega las suyas propias, que por cierto no son pocas.

4.2 Una quimera reformista

La sociedad ideal de Keynes requiere la intervención de un Estado gigantesco, en contraste con el arquetipo clásico de Estado moderno. Es un Estado que recuerda sospechosamente al Estado paternalista soviético. Al igual que su par, deberá participar directamente en la producción, considerar las necesidades sociales, en fin, actuar en arreglo a un sofisticado plan. El régimen que Keynes imagina parecer ser la inmediata negación del orden capitalista, que se distingue por la regulación no consciente de la actividad humana, bajo la forma de un proceso que opera a espaldas de los hombres, de sistema autónomo y con leyes propias.

El Estado será un celoso guardián del interés general. Su tarea consistirá en anular la rentabilidad de toda inversión, mediante la sobreabundancia de capital. Sólo pasando por alto todo lo que el Estado moderno tiene de específico, creyéndolo por completo exterior al proceso de acumulación del capital, formándose una representación del todo abstracta de sus determinaciones históricas, puede Keynes encomendarle graciosamente tal tarea.

¿Cuál es, pues, la propuesta de Keynes? ¿En qué se diferencia de las propuestas más radicales, revolucionarias, socialistas? ¿No se trata nuevamente de entregar al Estado el control sobre el proceso de acumulación de capital? ¿No es esta una tarea casi idéntica a la del Estado soviético?

Llegado este punto Keynes se encarga de renovar sus votos de fidelidad hacia la sociedad capitalista. Por más perturbadoras que parezcan sus ideas, nadie deberá dudar de su fe burguesa.

"por mi parte creo que hay justificación social y psicológica de grandes desigualdades en los ingresos y en la riqueza, pero no para tan grandes disparidades como existen en la actualidad. Hay valiosas actividades humanas cuyo desarrollo exige la existencia del estímulo de hacer dinero y la atmósfera de la propiedad privada. Además, ciertas inclinaciones humanas peligrosas pueden orientarse por cauces comparativamente inofensivos con la existencia de oportunidades para hacer dinero y tener riqueza privada, que, de no ser posible satisfacerse de este modo, pueden encontrar un desahogo en la crueldad, en temeraria ambición de poder y autoridad y otras formas de engrandecimiento personal. Es preferible que un hombre tiranice su saldo en el banco que a sus conciudadanos;

y aunque se dice que algunas veces lo primero conduce a lo segundo, en ocasiones, por lo menos, es una alternativa. Pero para estimular estas actividades y la satisfacción de estas inclinaciones no es necesario que se practique el juego con apuestas y riesgos tan grandes como ahora". (Keynes, 1992: 329)

El proceder es semejante al del socialismo utópico, que funda su crítica a la sociedad actual en el plano de la ética. El aspecto más indignante y condenable del capitalismo, lo que es menester eliminar para que la virtud recobre su imperio, es la posibilidad de obtener ganancia sin sacrificio, la vida sin trabajo.

"Ahora bien, aunque este estado de cosas sería perfectamente compatible con cierto grado de individualismo, significaría sin embargo, la eutanasia del rentista y, en consecuencia, la del poder de opresión acumulativo del capitalista para explotar el valor de escasez del capital. Hoy el interés no recompensa de ningún sacrificio genuino como tampoco lo hace la renta de la tierra." (Keynes, 1992: 331)

Keynes sueña con una transición ordenada hacia esta sociedad mejor. Esta transformación provechosa no requiere del tumulto ni de la rebelión popular, que su buen gusto abomina, sino de la sabia acción del estadista.

"Veo, por tanto, el aspecto rentista del capitalismo como una fase transitoria que desaparecerá tan pronto como haya cumplido su destino y con la desaparición del aspecto rentista sufrirán un cambio radical otras muchas cosas que hay en él. Además, será una gran ventaja en el orden de los acontecimientos que definiendo, que la eutanasia del rentista, del inversionista que no tienen ninguna misión, no será algo repentino, sino una continuación gradual aunque prolongada de lo que hemos visto recientemente en Gran Bretaña, y no necesitará de un movimiento revolucionario". (Keynes, 1992: 331)

Keynes presenta un suerte de teoría de los dos demonios. En un extremo, el capitalismo individualista, en que las desigualdades se acumulan y algunos viven de la especulación y la renta, eximidos de todo esfuerzo. En el otro extremo, se encuentra un Estado opresor, tan censurable como el primero.

Para evitar cualquier equívoco o falsa acusación, es preciso señalar explícitamente los límites del proyecto, y el camino de reformas pacíficas que se sugiere.

"No se aboga francamente por un sistema de socialismo de estado que abarque la mayor parte de la vida económica de la comunidad. No es la propiedad de los medios de producción la que le conviene al estado asumir... Además, las medidas indispensables de socialización pueden introducirse gradualmente sin necesidad de romper con las tradiciones generales de la sociedad" (Keynes, 1992: 333)

Nuestro autor se encuentra arrinconado. O mejor, aterrorizado. El tiempo y la paciencia se agotan. De un lado está el capitalismo tal cual se le presenta, fuente de desocupación, desigualdad e injusticia. Del otro el autoritarismo, la negación de la libertad. Por otra parte la sociedad occidental no soportará demasiado, la fuerza que impulsa a Keynes es el pánico a la revolución. El Estado debe expandirse sólo para preservar lo defendible del capitalismo, terminar con sus miserias, pero sin necesidad de apelar a la violencia y evitando caer en el extremo opuesto.

"...yo las defiendo, tanto porque son el único medio practicable de evitar la destrucción total de las formas económicas existentes, como por ser condición del funcionamiento afortunado de la iniciativa individual" (Keynes, 1992: 335)

"los sistemas de los estados totalitarios de la actualidad parecen resolver el problema de la desocupación a expensas de la eficacia y la libertad. En verdad el mundo no tolerará por mucho tiempo más la desocupación que, aparte de breves intervalos de excitación, va unida –en mi opinión inevitablemente- al capitalismo individualista de estos tiempos; pero puede ser posible que la enfermedad se cure por medio de un análisis adecuado del problema, conservando al mismo tiempo la eficiencia y la libertad" (Keynes, 1992: 335)

4.3 La fuente de la Ilusión.

En este trabajo se muestran las sucesivas metamorfosis que sufre Keynes, víctima de sus propios desarrollos teóricos. Renegará en primer lugar de su origen neoclásico para adoptar, al enfrentarse con la mercancía, una perspectiva

eminentemente clásica. Pero no se detiene aquí, como se muestra en la presente sección, termina asumiendo una postura próxima a la del socialismo utópico de los autores decimonónicos.

El campo de la teoría económica se reconfigura en el siglo XX: los neoclásicos serán los herederos directos de la economía vulgar y el keynesianismo, en todas sus vertientes, junto con gran parte del marxismo ricardiano, encarnará la perspectiva utópica, aunque considerablemente degradada. En efecto, los defensores del capitalismo puro, se enfrentan a aquellos que se muestran éticamente disconformes con la extrema desigualdad distributiva, por lo que proponen una gama de transformaciones más o menos radicales en la sociedad. Algunos se hacen llamar socialistas, otros reformistas, otros progresistas. Todos ellos comparten la ignorancia acerca del carácter histórico específico de la sociedad burguesa.

¿De dónde provienen estas fantasías de toda calaña que sueñan con un capitalismo sin dinero, sin capital, sin ganancia? ¿Son un producto exclusivo de la frondosa imaginación de sus creadores, como Keynes? No: son simples ilusiones que brotan de las formas reales que adopta la acumulación del capital. Particularmente de la forma que con carácter general reviste el producto del trabajo humano: la mercancía. La igualdad, la libertad, la utilidad se reivindicán en la limitada forma en que se presentan en el reino de la circulación mercantil.

En efecto, la esfera de la circulación de las mercancías se presenta como el reino de la libertad, la igualdad y la propiedad. Además, al observar a la mercancía en la superficie del mercado, tanto su existencia como la propiedad sobre ella parece brotar del trabajo de su poseedor. El único mundo acorde a la naturaleza de la mercancía es aquel en que la propiedad surge del trabajo y el cambio es regulado por el trabajo. ¡Muerte al despótico capital, eterna vida a la igualitaria mercancía!

Si en lugar de detenernos en las primeras apariencias que exhala el capital penetramos en el núcleo secreto de este régimen de producción, sabremos que esa aparente libertad que Keynes defiende es en realidad la forma más general de la dominación que haya existido hasta el presente (Marx, 1989^a: I, 91).

5 Bibliografía

Marshall, A. (1961) Principles of Economics, MacMillan, London

Asimakopulos, A. (1991) Keynes's general theory and accumulation, Cambridge University Press, Cambridge

Cheek, V.. (1991) Macroeconomics after Keynes. A reconsideration of the General Theory, MIT Presss, Cambridge.

Hicks, J (1937) "Mr. Keynes and the classics: a suggested interpretation", *Econometrica*.

Holloway, J. "The Abyss is open: The raise and fall of keynesianism"

Keynes, J. M. (1992) "Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero", Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1992.

Leijonhufvud, A (1976) Análisis de Keynes y de la economía keynesiana. Un estudio de teoría monetaria, Ed. Vincent – Vives, Barcelona,

Levín, Pablo (1995) El capital tecnológico. Catálogos. Buenos Aires.

Marx, C. (1989a) Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857~1858, Siglo veintiuno editores, México DF.

Marx, C. (1989b) Teorías sobre la plusvalía, Fondo de Cultura Económica, México DF.

Marx, C. (1992) El Capital. Crítica de la economía política, Fondo de Cultura Económica, México, DF.

Marx, C. (1999) The Poverty of Philosophy. Answer to the Philosophy of Poverty by M. Proudhon , Online Version: mea 1993; Marx/Engels Internet Archive (marxists.org).

Marx, C. y Engels, F. (1985) La ideología alemana, Ediciones pueblos Unidos, Buenos Aires.

Negri, A (1994) "Keynes and the Capitalist Theory of the State", en M. Hardt y T. Negri, Labour of Dionysus. A Critique of the State-Form, University of Minnesota Press, 1994.

Rubin, I.I. (1990). Essays on Marx's Theory of Value, Black Rose Books, Québec.

Ricardo, D. (1993) Principios de economía política y tributación, Fondo de Cultura Económica, México.

Smith, A.. (1987) Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones, Fondo de Cultura Económica, México D.C..